

Selección TERROR

EL PRECIO DE UN ALMA

CLARK CARRADOS



Selección TERROR

EL PRECIO DE UN ALMA

CLARK CARRADOS

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

513 — *Hablaba desde el Más Allá*, Ada Coretti.

514 — *La muerte gris*, Burton Hare.

515 — *Cuando tiemblan los Cipreses*, Curtis Garland.

516 — *Horror a la vista*. Ada Coretti.

517 — *Los colmillos del diablo*. Joseph Berna.

CLARK
CARRADOS

EL PRECIO
DE UN ALMA

Colección
SELECCION TERROR n.
° 518
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-025064
Depósito legal: B. 104 1983

Impreso en España —Printed in Spain

1. ª edición en España: febrero, 1983
1. ª edición en América: agosto, 1983

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5..Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. *A.***
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona —1983

CAPITULO PRIMERO

El coche describió un amplio semicírculo y se detuvo ante el vetusto caserón, cuya fachada evidenciaba una antigüedad de siglos. Llovía a raudales y el conductor se preguntó si podría regresar por el camino que había recorrido a la ida y que más parecía el lecho de un rio que una vía de comunicación.

Delante de la puerta principal había dos grandes faroles de hierro forjado, que desprendían luz suficiente para ver los detalles de la fachada. El conductor se volvió para agarrar el maletín que llevaba en el asiento posterior.

De la parte superior de la casa caía un verdadero torrente de agua. Brian Leeds contempló un instante la gigantesca gárgola de piedra, que recogía casi todo el líquido que caía sobre el tejado del edificio. La gárgola estaba en sombras y apenas si podían distinguirse sus detalles.

Torció el gesto. El constructor del edificio había sido, sin duda, un tipo caprichoso, al instalar la gárgola precisamente ante la puerta. Por fortuna, el desagüe se hallaba casi a dos metros de distancia y el chorro de líquido, tan grueso como su brazo, caía todavía un poco más lejos.

Abrochándose el impermeable como podía, dada la angostura del interior del coche, abrió luego la portezuela y saltó fuera, corriendo hasta alcanzar la protección de la pequeña marquesina que era más bien un dintel saliente de la puerta.

Había un gran llamador de metal y lo levantó y bajó un par de veces. Los golpes resonaron estruendosamente sobre el fragor de la lluvia.

Alguien abrió a los pocos momentos. Era un hombre de mediana edad, casi calvo, con ojos algo oblicuos y vestido con una indumentaria que delataba en el acto su condición de sirviente de la7 casa.

—Soy Brian Leeds —se presentó el visitante—. Me envía el doctor Fortescue. Supongo que el señor Blakefield vive aquí…

—En efecto, señor Leeds —contestó el hombre—. Tenga la bondad de pasar.

Leeds cruzó el umbral, sacudiéndose maquinalmente las gotas de agua que aún quedaban en su impermeable.

—Me llamo Adam, señor —dijo el sirviente—. Por favor…

Leeds dejó el maletín sobre un gran arcón que había junto a la puerta. Adam le ayudó a quitarse el impermeable.

—Por favor, pase al salón: el señor Blakefield acudirá enseguida.

—Gracias.

Leeds cruzó el vestíbulo y entró en una vasta sala, en la que se veía un acogedor fuego ardiendo en una chimenea. Junto a la chimenea había una bonita muchacha.

—Hola —saludó ella—. Soy Wilma Faggin.

—Brian Leeds —se presentó el recién llegado.

—¿Invitado de Blakefield? —preguntó Wilma.

—No. He venido a traerle unos documentos solamente.

—Ah… Bueno, bien mirado, el señor Blakefield no suele invitar a hombres.

Leeds se quedó mirando a la chica un momento. Quizá era una invitada «especial, pensó. Pero eso no era de su incumbencia, se dijo.

Adam vino a poco con una bandeja y copas.

—El señor Blakefield le ruega disculpe el retraso —dijo—. Vendrá dentro de unos minutos, pero, mientras, desea que se reconforte un poco después de su viaje.

—Gracias, Adam —contestó Leeds, a la vez que se apoderaba de una de las copas.

Wilma se levantó y fue a coger otra, pero el sirviente retiró la bandeja.

—Usted no puede tomar alcohol, señorita —dijo.

Ella disimuló su contrariedad tras una sonrisa de circunstancias.

—¡Que le vamos a hacer! —exclamó—. Durante un tiempo, debo ser abstemia. Cuando esto termine, voy a pillar una borrachera épica.

Leeds se sobresaltó al oír aquellas palabras, que resultaban inadecuadas para proceder de labios de una muchacha de aspecto tan dulce. Estaba visto, se dijo, que uno no se podía fiar de las apariencias.

Adam dejó la bandeja a un lado, con la otra copa y se marchó.

—Estoy en tratamiento —dijo Wilma, sin entrar en más explicaciones.

Leeds la contempló críticamente. Ella se había puesto en pie y vio que era bastante alta y que tenía una figura muy atractiva.

—¿Quién lo diría? —sonrió—. A mí me parece que estás sana como una manzana recién cogida del árbol.

—Bueno, lo mío no es grave. Pero hoy, precisamente, tienen que hacerme unos análisis de sangre. Durante cierto tiempo debo abstenerme del alcohol, eso es todo —contestó la muchacha.

La puerta de la sala se abrió en aquel momento. Un hombre entró a largas zancadas…

—Soy Blakefield —dijo.

Leeds puso la mano sobre el portafolios que había traído consigo.

—El doctor Fortescue lamenta infinito la imposibilidad de venir en persona y me ha rogado le traiga a usted los documentos que precisa —manifestó—. El doctor estima que usted podrá continuar sus trabajos mediante el concurso de esos documentos, señor Blakefield.

—Es una gran contrariedad —dijo el aludido—. Pero, supongo, las obligaciones del doctor Fortescue habrán sido suficientemente intensas como para no acudir a la cita que teníamos concertada. ¿Es usted su ayudante, señor Leeds?

—Oh, no, en absoluto —contesto el visitante sonriendo—. A decir verdad, soy lego en medicina. Pero vivo al lado del doctor Fortescue y nos relacionamos bastante.

—Un amigo, en tal caso.

—Así se podría llamar, señor.

—Muy bien, en tal caso, no merece la pena discutir más el asunto. Señor Leeds, espero me hará el honor de acompañarnos a la mesa. Después de un viaje tan penoso, es lo menos que puedo hacer en su obsequio.

—Acepto encantado contestó Leeds.

Blakefield miró a través de una ventana próxima.

—Temo, amigo mío, que deberá quedarse aquí esta noche. Conozco bien el camino y sé que cuando llueve en exceso, se pone realmente intransitable. A decir verdad, ni siquiera para salvar a una persona en inminente peligro de muerte sal dría yo de esta casa en una noche como ésta.

—No querría causarle molestias…

Leeds se sentía interiormente muy satisfecho de la invitación. Cada vez que había pensado en el regreso, había sentido escalofríos. Al día siguiente, se dijo, el tiempo habría mejorado considerablemente y, en todo caso, habría luz y podría salvar así un obstáculo imprevisto. El puentecillo de madera que había a menos de una milla de la casa le producía pavor, sólo de pensar en su travesía con un tiempo tan malo. Había podido entrever el rugidor espectáculo de la corriente que pasaba por debajo y no deseaba repetir la experiencia mientras pudiera.

—Al contrario, será un placer —contestó Blakefield—. Adam le enseñará su habitación, señor Leeds. Wilma, esta noche no probarás bocado.

Ella torció el gesto.

—Usted quiere matarme de hambre —se quejó.

—A partir de las doce de la noche, podrás comer hasta reventar, si quieres. Mientras, ni siquiera un sorbo de agua, ¿entendido?

Wilma hizo un gesto de resignación.

—Entendido —contestó.

Blakefield se volvió hacia el joven.

—Considérese en su casa, amigo mío —se despidió momentáneamente.

* * *

El monótono ruido de la lluvia le arrulló y le hizo dormirse a los pocos momentos de haberse metido en la cama. Arrebujado entre las sábanas, disfrutó del inmenso placer de sumirse lentamente en un agradable sopor, que se convirtió a los pocos momentos en un profundo sueño.

Había cenado satisfactoriamente. Después, hubo unos minutos de sobremesa mientras tomaban el café y una copa de brandy. Blakefield dijo después que iba a examinar los documentos del doctor Fortescue. Wilma se retiró a su habitación.

Leeds subió a la suya al cabo de unos minutos. Había visto una estantería con libros y tomó uno para distraerse un rato. Pero antes del cuarto de hora, sintió sueño y apagó la luz.

Despertó súbitamente varias horas después, sin saber a qué se debía aquella brusca interrupción de su sueño. La lluvia había amainado considerablemente, aunque seguía cayendo. Su rumor era mucho menos intenso.

En alguna parte, crujió un escalón. Luego oyó una queja:

—No ha salido bien —dijo alguien.

—Quizá me he precipitado un poco. Debo ser más paciente… aunque hay momentos en que no lo puedo resistir…

Leeds sintió excitada su curiosidad. Levantándose, cruzó el dormitorio y abrió un poco la puerta.

Blakefield descendía la escalera que conducía al vestíbulo. Leeds lo vio desaparecer en una puerta lateral.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, Leeds creyó escuchar unos gemidos. Alguien sollozaba, se dijo, pasmado de asombro.

Los sonidos cesaron a los pocos momentos. Leeds se disponía ya a volver a la cama, cuando vio aparecer nuevamente a Blakefield.

El dueño de la casa subió al primer piso y se metió en su habitación. Leeds permaneció en el mismo sitio durante un momento.

Volvió a la cama pero no tardó en darse cuenta de que había perdido el sueño por completo. Encendió la luz. Trató de leer. No conseguía concentrar su atención en las páginas impresas.

Pasados unos minutos, tiró el libro casi con furia y se vistió a medias. Sabía que lo que iba a hacer no estaba bien, pero se daba cuenta de que no: podría descansar tranquilo mientras no supiera cuál era la causa de aquellos extraños gemidos. Quizá Wilma estaba pasando un mal rato, debido a la enfermedad a la que ella no había concedido la menor importancia. Si era así, trataría de ayudarle…

Con gran sorpresa, descubrió que la puerta por la que había desaparecido Blakefield casi una hora antes, daba a una escalera que conducía a un profundo sótano. Encontró un interruptor y dio la luz.

Descendió lentamente, con el asombro pintado en su rostro. En el centro de la cripta, vio un túmulo de madera, forrado de terciopelo escarlata, sobre el que se veía un ataúd con la tapa enteramente de cristal.

El cristal, apreció, era muy grueso y cerraba herméticamente el féretro. Leeds se dijo que casi parecía un diminuto dormitorio, dados sus enormes dimensiones.

Una mujer descansaba en su interior. Era joven, unos treinta años, como máximo, de largos cabellos rubios, peinados en dos gruesas trenzas, que descansaban sobre su seno evidentemente esbelto. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho y vestía un largo traje blanco, con un cinturón de seda roja, de unos quince centímetros de anchura, en torno a un talle que estimó de una agradable delgadez.

Los pies estaban descalzos. Aunque el rostro de la mujer aparecía bastante pálido, todavía, sin embargo, conservaba algo de color en las mejillas.

Al cabo de unos momentos, Leeds se dijo que debía abandonar el sótano. Estaba en una cripta sepulcral. La mujer parecía dormida, pero no se apreciaba el menor movimiento en su pecho. Estaba muerta.

Tal vez quien emitía los gemidos era el propio Blakefield, se dijo. En todo caso, había cometido una indiscreción y no quería que nadie se enterase de su estancia en la cripta.

Regresó a su habitación. Tardó mucho en dormirse, al fin, el sueño cerró sus párpados nuevamente y se sumió en un consolador olvido.

El sol lucia radiante por la mañana. Todavía quedaban algunas nubes, pero se alejaban rápidamente. Leeds se vistió y bajó al vestíbulo.

Adam salió a su encuentro.

—Le prepararé el desayuno —manifestó—. El señor le ruega le dispense por no poder acudir a despedirle en persona. Me ha encargado le dé las gracias en su nombre al doctor Fortescue.

—Así lo haré —contestó el joven—. ¿Y la señorita Wilma?

Adam vaciló ligeramente.

—Está durmiendo, señor —dijo al cabo.

Media hora después, Leeds se disponía a abandonar la casa. Al salir, no pudo evitar una mirada hacia lo alto.

La gárgola que la noche anterior despedía torrentes de agua, era ahora claramente visible, a unos seis metros del suelo. Era, indiscutiblemente, una obra de arte, pero le pareció que representaba una escena horripilante.

Creyó ver a un hombre con la boca enormemente abierta. Por allí, desde luego, salía el agua de la lluvia.

Encaramado a la espalda del hombre, había un monstruoso animal. Leeds pudo apreciar unos cuernos en lo que parecía un cráneo vagamente humano,

con pico de ave rapaz y unas alas de murciélago.

«El diablo, atrapando una presa», pensó.

Luego subió a su coche. Empezó a olvidarse de la casa, de la gárgola, del féretro en la cripta, de Blakefield y de Wilma Faggin.

CAPITULO II

Silbando alegremente, Leeds saltó del coche, cruzó el pequeño espacio ajardinado que había ante su casa y subió en dos saltos los cuatro escalones que le permitían llegar a la puerta. En la casa contigua, un hombre, de mediana edad, ataviado con una bata blanca, despedía a una mujer enlutada.

La mujer, de unos cincuenta años, parecía muy afligida. Cuando se marchó, Leeds hizo un gesto con la mano.

—Hola, Doc —saludó.

—¿Cómo estás, Brian? Te veo muy pálido. ¿Quieres una copa de «reconstituyente?

El joven soltó una alegre carcajada.

—¿Qué le pasa, doctor? ¿No tiene clientela?

—Cada día menos, porque mato a los clientes, para que no me molesten.

Leeds descendió las escaleras y salvó ágilmente la pequeña valla que separaba los dos jardines. Fortescue le hizo entrar en su casa.

—Mi esposa está fuera, en casa de su madre. Me están entrando unas ganas locas de echar una cana al aire, Brian —dijo el galeno poco después, mientras vertía whisky en un vaso alto.

—Pues hágalo, hombre. Todavía tiene arrestos más que suficientes para correrse una buena juerga. Yo no se lo diré a la señora Fortescue, puede creerme.

—Va sé que eres un chico discreto. Pero la vecindad, a veces, es horrible.

—Nunca hago caso de chismes ni habladurías. Entro y salgo cuando quiero, sin necesidad de dar cuentas a nadie. Y si alguien se atreve a pedírmelas…

—Le dirás lo mismo que dijiste a la entrometida señora Murphy.

—Sí. Pobre mujer, el susto que se llevó…

—Hombre, es que proponer a esa momia irse a la cama contigo…

—Era la mejor manera de cortar sus reproches. Ya no ha vuelto a molestarme. Doctor, perdone, pero, ¿qué le pasaba a esa pobre mujer que vino a visitarle? ¿Está gravemente enferma?

—No. Ella no, pero su hija ha muerto hace poco. Es la señora Faggin, viuda…

—¡Faggin! —exclamó Leeds.

—¿La conoces? —se sorprendió Fortescue.

—Conocí a una tal Wilma Faggin.

—Entonces, no cabe duda; es la hija de mi visitante. Elsa Faggin vino a darme las gracias por lo que había hecho en favor de Wilma. En realidad, no hice nada; la traté, se curó y no volví a saber nada de ella, hasta hoy.

—¿Estaba enferma, doctor?

—Un principio de anemia. Era una chica bastante rebelde. Tal vez no terminó mi tratamiento… Quizá una lesión cardiaca y yo lo ignora y no digamos la interesada. De todos modos, cuando la examinó por primera vez, encontré su corazón en excelentes condiciones.

—¿De qué ha muerto, doctor? —preguntó el joven.

—Pues… de eso precisamente, de un fallo cardiaco. Hacía tiempo que no la veía y llamé a su casa. Elsie me dio la noticia y hoy ha querido venir en persona a verme. Pero, ¿por qué te interesa tanto esa pobre chica?

Leeds se acarició el labio inferior pensativamente.

—Verá —dijo—, es que la conocí el día que usted me envió a llevar los documentos a su amigo Blakefield. Estaba allí, en Hathelwood Cottage.

—¿Wilma, allí?

—Sí, a menos que se dé una coincidencia de nombres. La chica que yo conocí me dio ese nombre. Es todo lo que puedo decirle, doctor.

—¿Qué edad tenía? ¿Cómo era, Brian?

—Unos veintidós años, muy bonita, de dulce apariencia, pero muy rebelde, me pareció. Pelo negro…

—No cabe duda, tuvo que ser ella. Pero no comprendo qué fue a hacer en Hathelwood Cottage.

—A mí me dijo que estaba en tratamiento. Blakefield dio a entender algo por el estilo, cuando le ordenó abstenerse de comida y bebidas alcohólicas. ¿Es médico Blakefield?

—Ejerció durante bastantes años, pero luego abandonó la práctica de la profesión. No se me ha ocurrido que pudiera haber reanudado sus actividades médicas.

—Quizá es sólo un investigador… Por cierto, Hathelwood Cottage es una casa horrible. ¿Ha estado allí, doctor?

—Sí, hace un par de años, invitado por el dueño, Philip Evram, muy amigo mío. Claro que tú eres más joven y piensas de distinta manera, pero a mí me gustó muchísimo el Cottage.

Leeds hizo una mueca.

—Cuestión de opiniones —respondió—. Aquella espantosa gárgola…

—¿La viste? —sonrió Fortescue—. Parece horrible, en efecto, pero es una verdadera obra de arte, y tiene su leyenda.

—Vaya, sí que es curioso.

—No te burles, muchacho. La leyenda tiene una base real, en parte.

Leeds, muy interesado, se arrellenó en un cómodo butacón.

—Cuénteme, doctor —pidió.

El tiempo era todavía frío. En la chimenea ardía un buen fuego. Fortescue volvió a llenar las copas y empezó a hablar.

* * *

—Ocurrió hace algo más de quinientos años. El protagonista. Shatto Brandaugh, segundo conde del mismo apellido. Dos protagonistas más: un maestro cantero y su bella esposa —dijo Fortescue, mientras empezaba a cargar su pipa.

—No siga. El conde se encaprichó de la mujer del maestro cantero.

—Exactamente. Y se la llevó a su casa, entonces un castillo, y la retuvo durante algunas semanas. La mujer cedió, porque amaba intensamente a su marido y el conde amenazó con empedrarlo vivo, si ella no aceptaba convertirse en su amante.

—¿Que pasó después, doctor?

—Brandaugh era un tipo caprichoso, vano, inconstante y también cruel, aunque, al menos en esta ocasión, mantuvo su palabra y no hizo ningún daño al maestro cantero. Pero éste quiso tomar venganza del ultraje recibido y, parece, fue a consultar a un brujo y astrólogo que vivía en la comarca. El mago le dio una receta. El cantero la transformó en piedra.

—La gárgola —adivinó Leeds.

—Exactamente. El rostro del conde está reproducido con asombrosa fidelidad, según parece. Tiene la boca abierta, para evacuar el agua de la lluvia, pero es una mueca de dolor.

—Lo vi bastante bien, doctor.

—Dice la leyenda que el rescate del alma de Brandaugh tiene un precio y que habrá de pagarlo alguno de sus descendientes. Entonces, el demonio soltará a su presa.

Leeds, incrédulo, hizo una mueca de duda.

—Y el alma del conde volará al ciclo.

—No te burles —contestó Fortescue gravemente—. Es una leyenda, pero tiene un fondo de realidad innegable. El conde pecó, esto es cierto, pero se arrepintió en sus últimos momentos. Sin embargo, el diablo reclamó sus derechos, debido a la maldición del maestro cantero, y se apoderó de su alma, que será rescatada cuando uno de sus descendientes pague el precio conveniente.

—Nadie sabe cuál es ese precio, por otra parte —dijo Leeds. —Se sabrá cuando…

Fortescue vaciló.

—Es una leyenda —repitió, pasados algunos segundos, bastante incómodo—. Yo no creo en esa parte de la historia, pero cuando el alma del conde sea rescatada, el demonio desaparecerá de la gárgola y la mueca de amargura que hay en su rostro esculpido en la piedra se trocará en una sonrisa de bienaventuranza.

—Bueno, doctor, como usted ha dicho, es sólo una leyenda, y muy bonita, desde luego. Pero en el Cottage hay algo más que leyenda: una sepultura.

—No hay nadie enterrado allí —dijo Fortescue muy sorprendido.

—Perdone que le contradiga. Hay una cripta y vi allí el cadáver de una hermosa mujer, de unos treinta años. Presumo que debe tratarse de la señora Blakefield. Y eso no es fantasía, sino realidad, porque yo lo he visto, doctor.

—No sabía siquiera que Blakefield estuviera casado. Pero tampoco hay ninguna ley que impida a un hombre enterrar a su esposa en el lugar donde reside.

—En realidad, no está enterrada, sino en un ataúd, con cubierta de vidrio y peí rectamente conservada, debido, sin duda, a un magnífico trabajo de embalsamiento. Ella parece simplemente dormida y, de no ser porque se le ve el pecho inmóvil, se diría que puede despertar en cualquier instante.

Fortescue meneó la cabeza.

—Encuentro todo eso muy extraño —respondió—. Y creo que a mí amigo Evram le convendría saberlo.

—¿Por qué? —preguntó el joven.

—Es el dueño de la casa y actualmente se halla en el extranjero, en viaje de negocios, con toda su familia. Además tienen puesta casa en los Estados Unidos y creo que se van a quedar allí una temporada. No sé cuándo regresarán, Brian.

—Bueno, de todos modos, si Evram le rescindiera el contrato de alquiler. Blakefield podría llevarse el ataúd de su esposa.

—Tendría que cumplir ciertos requisitos legales, pero no le resultaría imposible, desde luego.

Leeds consultó la hora y se puso en pie.

—Dispénseme, doctor; tengo que salir. He de cambiarme de ropa…

Fortescue sonrió maliciosamente.

—Alguna cita, sin duda.

—Es una cita de la clase que no se dejan de cumplir jamás —contestó el joven.

* * *

Había entrado a tomar una copa en un «pub» al que solía acudir con frecuencia y se sentó ante la barra. A los pocos momentos, una blanca mano se apoyó en su brazo.

—¿No me invitas, Brian?

Leeds volvió la cabeza. Una hermosa joven, de rojizos cabellos, le sonreía incitante.

—Ya dos también, si quieres, Stella —contestó.

—Gracias, Brian.

Stella Wharton se sentó junto al joven.

—¿Qué haces ahora, Brian?

—Esperar a que termines tu copa y me invites a otra en tu apartamento.

—Lo siento, no podrá ser —contestó ella.

—Alguno se me ha anticipado —dijo Leeds con fingida amargura.

—Oh, no, en absoluto. Es que me voy fuera una temporada.

—¿Te marchas de Londres? —se asombró él.

—Tengo que hacerlo. No me encuentro muy bien. Brian.

Leeds enarcó las cejas, sorprendido.

—Pero ¡si eres la viva estampa de la salud! —exclamó—. Te veo un poco pálida, es cierto, pero, en esta maldita ciudad, ¿quién tiene la cara tostada?

Stella se echó a reír.

—Algo de razón tienes —convino—. De todos modos, debo ir al campo.

—No me gustaría ser indiscreto, pero, ¿qué es lo que tienes?

—Una ligera deficiencia de glóbulos rojos. Nada importante, pero el médico me ha indicado la conveniencia de una temporada de reposo en el campo.

—Déficit de glóbulos rojos —repitió él, pensativo—. ¿Seguro que no es nada maligno, Stella?

—Absolutamente seguro. De todas formas, hace algún tiempo que me encuentro decaída y pienso seguir los consejos de mi médico.

—Si me permitieras darte uno, yo te recomendaría visitar a otro matasanos, Stella.

—¿Por qué?

—Nunca estorba el dictamen de otro experto y así te sentirías más tranquila. Mira, lo mejor será que vayas a ver al doctor Fortescue. Es mi vecino y una excelente persona. Muy competente y un poco a la antigua. Ya sabes las teorías modernas: creen haber inventado la pólvora. El médico debe inspirar confianza al paciente, ser su confidente, su amigo… No se puede tratar a las personas como si fuesen animales de una granja. Y somos seres

humanos, ¿comprendes?

—Sí. Brian. Bueno, creo que tienes razón; ver a ese médico no me representaría ningún trabajo extra. ¿Dónde dices que vive?

—Al lado de mi casa, prácticamente, pared por medio. A veces se establecen lazos de amistad entre dos personas de edades muy distintas. Fortescue tiene algo más de cincuenta años, pero es un tipo estupendo, ya lo verás.

—¿Cuándo puedo ir a verle?

—Mira. Stella, si te parece, ahora vienes a mí casa y tomamos una copa, charlando tranquilamente. Luego hablaremos del doctor Fortescue… o primero hablamos con él y luego te tomas la copa conmigo. ¿Hace?

Stella sonrió maliciosamente.

—Sólo tomar una copa, supongo.

Leeds contempló fijamente a su hermosa interlocutora. Stella tenía una silueta con numerosos atractivos. Era divorciada y disfrutaba de una excelente posición económica. No tenía que dar cuenta a nadie de sus acciones y poseía un carácter rebosante de simpatía y vitalidad.

—Si tú quieres, sólo tomaremos una copa —contestó.

El doctor Fortescue examinó a Stella minuciosamente, aunque era una hora en que ya no recibía a sus pacientes. Admitió, en principio, que tal vez era cierta la deficiencia de glóbulos rojos, pero, de todos modos, dijo, le gustaría hacer el análisis de sangre personalmente. Tomó también algunas radiografías y prometió tener listos los resultados al día siguiente.

—Por lo demás, puede realizar sus funciones fisiológicas sin el menor inconveniente —concluyó, al finalizar su diagnóstico, pero con los ojos fijos en Leeds.

Stella comprendió la alusión y se ruborizó. Leeds disimuló una tos con carraspeos. Luego, los dos se fueron a tomar la copa a casa de Leeds y más tarde comprobaron ambos que Stella podía realizar ciertas funciones fisiológicas sin ningún reparo. Fue una experimentación práctica, de la que ambos quedaron sumamente satisfechos.

Cuarenta y ocho horas más tarde. Fortescue emitió su dictamen:

—Nada de particular —dijo—. Pero unas cuantas semanas en el campo, lejos de la urbe contaminada, siempre benefician al organismo. Cuando usted regrese, señora Wharton, volverá completamente transformada. Una mujer nueva, en suma.

CAPITULO III

Dos semanas más tarde. Leeds tuvo un encuentro total mente inesperado.

Había asistido a una fiesta, en casa de unos amigos, y le presentaron a una encantadora muchacha, de pelo castaño y ojos grises, de unos veintitantos años, y se sorprendió al oír su nombre.

—Usted es Evram —dijo tras las primeras palabras de cortesía.

—En efecto —contestó ella.

—La dueña de Hathelwood Cottage.

—Bueno, en realidad, pertenece a mis padres. ¿Por qué lo dice, señor Leeds? ¿Acaso conoce usted la propiedad?

—Sí, estuve allí accidentalmente. Tuve que pasar una noche entera; estaba cayendo un pequeño diluvio y el actual ocupante me aconsejó que no volviese de noche a Londres y con aquel tiempo. Eso es todo lo que puedo decirle del Cottage, aparte de que conozco la leyenda de la gárgola.

Norma Evram sonrió.

—Una leyenda muy interesante, pero que no tiene ningún fundamento, aunque haya sido plasmada en piedra —contestó.

—Toda leyenda tiene siempre un fondo de realidad. El artista quiso que las generaciones futuras tuvieran memoria de lo que había sucedido allí.

—Yo diría más bien que la gárgola es una versión particular de los hechos acaecidos. Es la versión del artista, pero nunca podremos conocer la de la otra parte.

—La versión del conde Brandaugh.

—Exactamente. Y no se sabe que el alma del conde esté vagando por la posesión, en busca de alguien que le indique la forma de abandonar el horrible lugar en que se encuentra ahora.

—No, no he oído hablar de fantasmas. En cambio, sí he visto cadáveres.

Norma se sobresaltó.

—¿Murió alguien en el Cottage? —preguntó.

—Pues…

En aquel momento, la esposa del anfitrión llegó y asió a la muchacha por un brazo.

—Norma, querida, ven conmigo, por favor. Quiero presentarte a un famoso escritor… Nos dispensa, ¿verdad, Brian?

El joven se inclinó galantemente.

—No faltaría más —contestó.

Por unos momentos, quedó sólo, con una copa en la mano. De repente, se le acercó una chica.

—Me gustaría saber quién es el «fiambre» —dijo.

Leeds contempló a la joven, que tenía unos veinticuatro o veinticinco años. El pelo, apreció, era casi blanco, de tan rubio, aunque estimó podía tratarse de una peluca. La cabeza de la chica, aun con sus tacones de ocho centímetros, apenas si le llegaba a la barbilla. Vestía un traje corto, que le quedaba medio palmo por encima de las rodillas. El escote llegaba por delante hasta la cintura y dos trocitos de tela apenas si cubrían los senos redondos y de generosos contornos.

—Quieres decir el muerto —sonrió—. Pero aquí no hay ninguno…

—Pues parece un velatorio. Nunca he asistido a una fiesta tan asquerosamente aburrida. Por cierto, soy Magda Lanbury.

—Brian. ¿Qué te parece si nos largamos a seguir la fiesta en otro sitio menos lúgubre?

—Por mí no hay inconveniente, pero…

Magda le agarró por un brazo.

—Vámonos y al diablo con estos vejestorios —exclamó desenvueltamente.

—Sí, de acuerdo, pero ¿adónde vamos?

—A mi casa. ¿O tienes miedo de que te devore?

Leeds apreció que la joven estaba un poco achispada, pero no había bebido tanto como para que el alcohol nublase sus facultades mentales por completo. Simplemente, era una mujer que necesitaba ambientes más divertidos y, pensándolo con sinceridad, era una fiesta en la que sólo faltaba el difunto para que pareciese realmente un velatorio.

Por tanto, se marchó con Magda y se divirtió muchísimo con aquella extrovertida joven, lo cual le hizo olvidarse por completo de Norma Evram.

* * *

Stella se sentía muy débil. Estaba completamente desanimada. No sólo no se había curado, como le habían asegura do, sino que cada día que transcurría se sentía mucho peor.

Aquella mañana, despertó y se notó poseída por una extraña debilidad. Haciendo un terrible esfuerzo, consiguió levantarse y fue al baño. En el espejo se contempló unos momentos y se quedó horrorizada al ver su aspecto.

Tenía la cara completamente blanca, sin rastro de color. Los labios apenas si se diferenciaban de unas mejillas lívidas, hundidas. Los ojos carecían de brillo y, por un momento, creyó que iba a ver los huesos de la nariz a través de la delgada capa epidérmica que los cubría.

Se miró los brazos, delgados, casi descarnados. Bruscamente, dio un tirón a la tela y rasgó el camisón que la cubría.

Aquellos hermosos senos, de los que tan orgullosa se sentía, eran ahora dos pequeñas bolsas flácidas, como odres totalmente vacíos. Stella sintió un súbito vahído y se desplomó al suelo.

Al cabo de un rato, consiguió incorporarse en parte y se arrastró hasta la cama. Más tarde vino la mujer que atendía a la casa con la bandeja del desayuno.

—Effie, voy a pedirle un favor —dijo Stella.

—Sí, señorita…

—Traiga el bolso. Está dentro del armario.

La sirvienta obedeció. Stella abrió el bolso, sacó un billete de diez libras y lo puso en manos de la mujer.

—De aquí, a la noche, cuando le sea posible y sin que la vean, me subirá una botella de licor…

—Creo que el doctor le ha prohibido el alcohol, señorita.

—No se preocupe de eso. Mi salud sólo me importa a mí. —Desesperada, Stella sacó otro billete, a fin de convencer a la reacia sirvienta —. Una botella… Aunque sea sólo media, pero tráigala antes de la noche. ¿Lo hará, Effie?

Los dos billetes fueron a parar a una de las anticuadas ligas con que Effie se sujetaba las medias.

—Tendrá su whisky, señorita —prometió.

Al quedarse sola, Stella se reclinó en los almohadones y cerró los ojos unos momentos. Allí no mejoraba en absoluto, tal como la habían prometido. Al contrario, cada día se sentía peor y había momentos en que sospechaba que su des mejoramiento era incluso provocado.

Negros presentimientos acudían a su mente casi de continuo. La estaban envenenando lentamente, a fin de que su muerte pareciese muerte de una enfermedad incurable. Y ella quería vivir, deseaba frenéticamente seguir viviendo…

Tenía veintisiete años. Pocas semanas antes, gozaba de una salud a prueba de bombas. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué aquel cambio tan radical en menos de dos meses?

Effie vino más tarde para retirar el servicio del desayuno. Sacó una botella del interior de la bata que usaba para las labores domésticas y se la entregó a la joven.

—No abuse, señorita. Procure que el doctor no lo advierta: me costaría el puesto y cobró un buen sueldo.

—Descuide. Effie: nadie lo sabrá.

Cuando se quedó sola, Stella tomó un par de sorbos. No necesitaba el licor para aquellos momentos, aunque había querido hacer una prueba. El alcohol la entonó considerablemente y la hizo ver las cosas son mejores perspectivas.

El día transcurrió lentamente. Blake Field vino a verla, la auscultó detenidamente, le hizo unas cuantas preguntas y aseguró que era una pasajera caída en la enfermedad, pero que pronto estaría completamente restablecida. Luego dejó sobre la mesilla de noche un frasquito con cuentagotas.

—Diez, en medio vaso de agua, después del almuerzo —recetó.

La medicina fue a parar al sumidero después del almuerzo y lo mismo sucedió con la dosis de la noche. Stella se había forjado un plan y pensaba llevarlo adelante hasta las últimas consecuencias.

A las diez de la noche, apreció que reinaba un silencio absoluto en el caserón. Tomó un sorbo de whisky y se sintió más entonada.

Luego empezó a vestirse. Para eso había pedido el licor. Era la única forma de sentirse lo suficientemente fuerte como para ejecutar el plan que se había trazado.

Tomó un par de irados más. Ya notaba cierta ligereza. Casi sintió deseos de echarse a reír. Tenía un par de copas de más, pero no le importó. Era lo que quería.

Cuando estuvo vestida, cruzó el dormitorio y abrió la puerta. Escuchó durante unos momentos.

No se percibía el menor sonido. Sin hacer ruido, salió del dormitorio y descendió a la planta baja. De pronto, oyó un extraño ruido.

Alguien se quejaba. Por un momento. Stella pensó que una persona estaba siendo torturada. A pesar de su situación, no pudo dominar la curiosidad y se acercó al lugar de donde procedían los gemidos.

Divisó una puerta entreabierta. Empujó un poco y vio luz y unas escaleras que conducían a un profundo sótano.

—Pronto despertarás, querida… —oyó la voz gimiente del doctor Blakefield—. Pronto despertarás, te lo aseguro…

Stella se sobresaltó terriblemente. Descendió unos cuantos escalones más y contempló una escena indescriptible.

Blakefield estaba inclinado sobre un féretro, situado sobre un túmulo de casi un metro de altura. Aunque el cuerpo de hombre la ocultaba casi por completo. Stella pudo ver parte de la figura de mujer que yacía en el interior del ataúd.

Aquel hombre, se dijo, estaba loco de remate. Hablaba con una muerta y, lo que era peor aún, aseguraba que iba a resucitarla.

La necrofilia de Blakefield la hizo sentir un pánico espantoso. Ya no quiso seguir presenciando más detalles de la macabra escena.

Se felicitó por la idea que había tenido de escapar de aquel horrible caserón. En cuanto llegase a lugar habitado, informaría a la policía… Retrocedió y alcanzó el vestíbulo. Inmediatamente, se lanzó en busca de la salida.

Su coche estaba en un cobertizo situado en la parte posterior de la explanada donde se hallaba el Cottage. Lo mejor era salir por la puerta trasera.

Llegó a la cocina. Cuando abría la puerta, oyó voces rumorosas y risitas de complacencia.

—Por favor, Adam… No seas así; si viniese el doctor y nos viera, armaría una buena… nosotros, encanto.

Stella asomó la cabeza. Adam y Effie estaban retozando en un rincón. Adam sofaldaba descaradamente a la sirvienta y ella fingía protestar del acoso a que estaba siendo sometida.

Ninguno de los dos se percató de la figura que cruzaba sigilosamente la cocina y que salía fuera, tras abrir la puerta en silencio. Pero, por desgracia, Stella tuvo que hacer ruido al abrir el portón del cobertizo.

Adam se sobresaltó.

—¿Qué diablos es eso?

Effie apretó los labios. Tenía que callar. Si se enteraban de que había llevado una botella a la señora Wharton…

Repentinamente, unos faros se encendieron en el cobertizo. Adam lanzó un aullido de rabia.

—¡Se escapa!

Inmediatamente, corrió fuera de la cocina.

—¡Doctor, la señora Wharton va a marcharse! —vociferó.

Fuera se oyó el rugido de un motor. Un coche cruzó por delante de la casa segundos más tarde.

—Adam, el otro coche —ordenó Blakefield, en la puerta de la casa—. Esa loca no sabe lo que hace. Han prohibido el paso del puente durante dos días por reparaciones, y sólo pueden cruzarlo las personas…

Stella pisaba el acelerador a fondo. La determinación se pintaba en su rostro. En cuanto llegase a Drogsbury, a sólo seis millas, avisaría a la policía…

Los faros del coche iluminaron de pronto unas luces rojas. Stella supuso que debía tratarse de una carretera en obras. Con un poco de precaución, pasaría y…

Entró en el puente antes de darse cuenta de la prohibición de cruce. Cuando quiso retroceder, era ya tarde.

El piso del puente crujió horriblemente. Stella lanzó un espeluznante alarido cuando sintió que el coche se hundía irremisiblemente en el vacío.

CAPITULO IV

El doctor Fortescue abrió la puerta para atender al dependiente de la tienda de alimentación que le traía una caja con diversas provisiones. Hizo que el hombre llevase la caja a la cocina, firmó la nota y luego le dio una propina.

—Gracias, doctor. Salude a su esposa en mi nombre.

—Lo haré con mucho gusto, Bob —contestó Fortescue.

Cuando iba a cerrar, vio a Leeds que llegaba a su casa. El joven le vio también.

—¡Hola, doctor! —saludó alegremente.

—¿Qué tal, muchacho? ¿Has trabajado hoy lo suficiente?

—No me puedo quejar. Trabajo, gracias a Dios, es lo que no me falta por ahora. Ni salud tampoco.

—Trabajo y salud, ¿qué más puede pedir un hombre en estos tiempos? Lo segundo para mí, es deprimente.

Leeds se echó a reír.

—Nada me disgustaría más que ser su cliente, doctor —contestó jovialmente—. Aunque, de todas formas, le prometo consultarle a usted antes que a otro médico, cuando me sienta enfermo.

—Brian, si yo tuviera que depender de ti para ganar dinero, me moriría de hambre. Pero prefiero verte sano, aunque para ello tuviera que pedir limosna.

—Vamos, vamos, no se queje. Tiene clientes de sobra y eso significa buenas minutas de honorarios. Oiga, ¿por qué no se viene a tomar una copa a mí casa cuando termine? Con permiso de la señora Fortescue, claro.

—Oh, a mí esposa no le preocupará semejante minucia.

Está fuera. Pero tomo nota de la invitación y —Fortescue bajó la voz repentinamente—. ¿Que las das, muchacho? —preguntó con enigmático acento—. Yo receto medicinas a mis pacientes, pero tú deberías darme la recela para atraer a mí casa a chicas bonitas.

Leeds hizo un gesto de asombro. Estaba junto a la valla de separación de los dos jardines y no comprendía el sentido de las palabras del galeno.

—¿Por qué dice eso, doctor?

—Vuélvete, anda. Y atiende a tu visitante. Ya tomaremos la copa otro día, no te preocupes.

Leeds giró en redondo. Una hermosa muchacha estaba parada en el umbral de la casa. La reconoció en el acto.

—Señorita Evram —exclamó.

Norma sonrió.

—Le ruego me disculpe, pero desearía hablar unos minutos con usted, si no tiene inconveniente, señor Leeds —manifestó.

—Al contrario, será un placer. ¿Quiere pasar a mí casa? —invitó el joven, —sintiéndose terriblemente intrigado por conocer los motivos de la visita de aquella encantadora muchacha.

—Gracias —contestó Norma, con una leve inclinación de cabeza.

Cruzó el jardín y se detuvo un instante.

—Lo tiene muy bien cuidado —observó.

—Bueno, un jardinero profesional viene periódicamente… Además, mi vecino, el doctor Fortescue, es también un entendido y me aconseja sobre plantas. Como puede ver, su jardín tiene aún mejor aspecto que el mío.

Norma posó la mirada sobre el jardín del doctor. Un detalle le chocó de inmediato.

—Señor Leeds, ¿no cree que ese árbol desentona en el conjunto?

Leeds miró en aquella dirección y contempló el pequeño abeto que se hallaba al fondo del jardín del médico.

—Es posible, aunque a mí me parece que convenía rellenar un hueco en ese lugar.

—Sí, tal vez. De todos modos, son gustos personales —sonrió Norma.

—Eso mismo pienso yo. Venga, por favor, señorita Evram.

Entraron en la casa. Leeds se disculpó.

—Viene una asistenta unas horas por la mañana —manifestó—. Por las noches, me hago yo solo la cena o voy a cenar a algún restaurante cercano. Sin embargo, puedo preparar el té y eso es lo que voy a hacer inmediatamente, con su permiso.

Norma alzó una mano.

—No se preocupe —dijo—. Ciertamente, voy a estar aquí muy poco tiempo. Tengo que regresar muy pronto a los Estados Unidos, pero no quería volverme sin antes conocer detalles de algo que me dijo usted en la fiesta de los Sharmayne.

—¿Le dije yo…? —preguntó él, sorprendido—. No recuerdo.

—Sí, hombre, si. Usted me habló del cadáver que hay en Hathelwood Cottage y yo quiero saber detalles del caso, si es preciso, haría un viaje al Cottage, para ver realmente qué sucede. No me gustaría que alguien convirtiese la propiedad en su cementerio particular y creo hablar también en nombre de mis padres. Lo entiende, supongo.

Leeds hizo un gesto de aquiescencia.

—Sí, perfectamente —respondió—. Pero, en realidad, puedo decirle muy poca cosa, señorita Evram.

* * *

Norma escucho en silencio el relato que Leeds le hizo de su estancia en Hathelwood Cottage. Cuando el joven hubo terminado de hablar, ella pareció sentirse muy preocupada. —No comprendo por qué el inquilino ha de tener allí, en la cripta, el cadáver de su esposa —declaró—. Bien es verdad que yo no lo conozco; ni siquiera le había oído su nombre hasta este momento.

—Pero ustedes le alquilaron la propiedad —adujo Leeds.

—En realidad, quien se ocupó de ello fue el administrador de mi padre. Supongo que creyó que alquilaba el Cottage a una persona equilibrada, sana de mente, no a un chiflado que tiene a su esposa en el sótano, en un ataúd con tapa de cristal.

—Eso es lo que a mí me extrañó más —dijo el joven—. He visto ataúdes que tienen en la tapa una mirilla de vidrio, para poder contemplar el rostro del difunto. Pero, franca mente, nunca había visto un féretro en el que la tapa entera fuese de cristal. Se podía ver perfectamente el cuerpo de la mujer, de la cabeza a los pies, con todo detalle, créame.

—¿Era joven?

—Unos treinta años y muy hermosa. Parecía haberse echado a dormir unos minutos antes. Pero no respiraba, de eso estoy seguro.

Norma se puso en pie.

—Le agradezco infinito su amabilidad, señor Leeds —declaró—. Mañana sin falta hablaré con el administrador. Luego, si es preciso, haré un viaje al Cottage. Y caso de que lo que usted me ha dicho sea cierto, y no tengo motivos para dudar de su palabra, cancelaré el contrato de alquiler y expulsaré a Blakefield de la propiedad. Recurriré incluso a la policía, si fuese necesario.

—Sí, sería una buena medida, aunque ustedes perdiesen una saneada renta —convino Leeds.

—El dinero no importa tanto como evitar que un chiflado viva en el Cottage —respondió ella.

Tendió la mano al joven.

—Me marcharé muy pronto a los Estados Unidos. No sé cuándo regresaré —añadió.

—Ya sabe dónde tiene una casa y un amigo, señorita —sonrió Leeds.

Norma se marchó. El doctor Fortescue llamó apenas diez minutos más tarde.

—Pase, doc —invitó Leeds—. Vamos a prepararnos esa copa que le dije antes. Como ha podido apreciar, en esta ocasión mi receta ha fracasado.

—Sí, ya he visto —contestó el galeno, con un tono desanimado que no

escapó a la percepción de su anfitrión. Leeds supuso que estaría pensando en algún cliente con problemas, y no le dio más importancia al detalle.

Preparó las copas y entregó una al médico.

—Casualmente, esa chica es la dueña de Hathelwood Cottage —manifestó—. Recuerde que usted me envió hace tiempo a llevar unos documentos a su amigo Blakefield.

—¿Cómo? Yo creí que Blakefield era el propietario…

—No, sólo inquilino. A la señorita Evram no le ha gastado saber que Blakefield tiene en la cripta el cadáver de su esposa. Seguramente, rescindirá el contrato. Pero ¿qué le ocurre, doctor? Le veo preocupado… ¿Problemas con algún paciente grave?

Fortescue bajó la cabeza.

—Ojalá fuera algo así, aunque no está bien que yo desee enfermedades para mis clientes. Me sentiría preocupado, pero no desmoralizado. Peor todavía, estoy deshecho.

Leeds se sintió atónito al escuchar aquellas palabras. Había visto siempre al médico con un humor excelente y un optimismo a toda prueba, y sorprendía enormemente al saberle tan bajo de moral.

—No entiendo, doctor. ¿Qué le sucede? —inquirió.

Fortescue se llevó el vaso a los labios y lo vació de un trago. Luego se lo tendió al joven.

—Por favor, Brian.

Leeds puso una nueva dosis de whisky. Esperaba alguna revelación por parte de su amigo, pero, discreto, no quiso apremiarle con preguntas que podían dar resultados contraproducentes. Lo mejor era dejar que Fortescue se franqueara por sí mismo.

Al cabo de unos momentos, Fortescue dijo: —Mi esposa ha solicitado el divorcio y ya no quiere volver a casa siquiera.

Leeds se sintió abrumado.

Conocía bastante bien a Mary Fortescue. Una mujer guapa, vivaracha, llenita de carnes, todavía muy atractiva a sus cuarenta y pocos años, rebosante de vitalidad y optimismo. La había visto siempre muy enamorada de su esposo y le parecía inconcebible que ahora quisiera abandonarlo.

—No lo entiendo… Ella parecía quererle tanto…

—Sí, eso creí yo también hasta que recibí la notificación de la demanda de divorcio. ¿Recuerdas que se fue a pasar unos días a Southampton con su madre?

—Sí, es verdad.

—Debió de ocurrir entonces. Me dijo por teléfono que había encontrado al hombre de su vida. He hecho discretas averiguaciones; se ha chiflado por

un tipo que casi podría ser su hijo. Tiene quince años menos que ella y… Bien, las últimas noticias que tengo son de que se van a Norteamérica.

Allí se casarán en cuanto tengan los documentos del divorcio…

Fortescue dejó la copa a un lado y se tapó la cara con las manos. Leeds sintió una viva compasión hacia aquel hombre, cuya felicidad, que parecía eterna, se había visto truncada tan bruscamente.

Las mujeres, se dijo, era incomprensibles. Pero, en cierto modo, comprendía a Mary.

Aquel hombre la había deslumbrado. Mary había llevado siempre una vida plácida, sin sobresaltos, incluso regalada, pero también, en cierto modo, rutinaria. Doblado el cabo de los cuarenta, se habla sentido acometida por la fiebre del amor.

Tal vez, su amante la abandonaría pasado algún tiempo. Se cansaría de ella. Quince años eran mucha diferencia de edad entre dos personas, sobre todo, cuando era la mujer la de edad superior al hombre. Inevitablemente, el tiempo cumpliría su misión en el rostro y el cuerpo de Mary. Y entonces su nuevo esposo —«si es que llegan a casarse», pensó—, la dejaría plantada por otra mucho más joven…

Pero no podía decirle eso al doctor.

—Tal vez ella recapacite antes de que se pronuncie la sentencia definitivamente y acabe por volver a casa —dijo.

—Si eso que dices fuese cierto… —suspiró Fortescue—. Yo la perdonaría de muy buena gana; olvidaría esta aventurilla amorosa… Pero sé que su decisión es firme y no querrá volverse atrás.

—Oiga, ¿por qué no va a Southampton y habla personalmente con ella? —sugirió el joven—. Quizá de este modo, logre convencerla y hacerle ver lo absurdo de su actitud.

—Ya lo hice, Brian. Estuve el último fin de semana y hasta me puse de rodillas, humillándome como jamás pensé que lo haría algún día. Pero Mary se mantuvo firme y no cedió. No pienso suplicarla más.

Leeds recordó el último fin de semana. Indudablemente, había disfrutado mucho más que su huésped. Magda Lanbury era muy apasionada. Leeds se había sorprendido al darse cuenta de que era una mujer de gran experiencia. También había podido apreciar de que no era la jovencita que aparentaba, casi una adolescente. Rondaba ya los treinta años, pero resultaba enormemente atractiva.

Dos situaciones completamente distintas, pensó.

Fortescue se puso en pie.

—Te dejo, muchacho. No quiero seguir dándote más la lata con mis problemas.

—Al contrario, doctor. Siento de veras lo que le sucede. Sólo desearía

que Mary no… Bueno, usted me entiende…

Fortescue hizo un triste gesto de asentimiento y se marchó. Leeds se quedó solo, pensando en aquel buen amigo, que había visto truncada su felicidad de un modo tan cruel.

Por un momento, sintió la tentación de viajar a Southampton y hablar con Mary, pero le contuvo el hecho de que ignoraba su dirección. Además, ella le diría, y con razón, que no tenía ningún derecho a inmiscuirse en asuntos personales que no le competían en absoluto.

El teléfono le arrancó súbitamente a sus meditaciones.

Era Magda.

—Cariño, ¿qué planes tienes para el próximo fin de semana?

—Voy a cazar tigres salvajes a Bengala —contestó él.

—¡Tigres! ¡Bengala! Eso está en la India, ¿verdad?

—Sí, encanto.

—Pero, cazar tigres… a estas alturas…

—Es que quiero alfombrar tu casa con sus pieles. De todos modos, pospondré el viaje hasta la semana próxima. Este próximo fin de semana lo dedicaré a tomar las medidas de tu casa, para saber cuántas pieles debo traerte.

Magda se echó a reír.

—Tomaremos las medidas juntos, cariño —respondió.

CAPITULO V

Un operario le hizo señas con disco rojo. Norma detuvo su coche. A la izquierda del camino, vio un enorme camión grúa, que estaba sacando un automóvil del lecho del torrente que corría tumultuosamente a diez metros más abajo.

—No se puede pasar, señora —informó el trabajador—. El puente está en obras.

—Pero yo tengo que ir a Hathelwood Cottage sin falta —protestó Norma.

—Tendrá que cubrir el viaje a pie. Hemos montado una pasarela provisional, sólo para peatones. Los granjeros vecinos la usan cuando no tienen otro remedio que ir al pueblo.

Norma suspiró. Una milla a pie, se dijo.

—Estacione el coche fuera del camino, señora —indicó el operario—. En esa explanada, por favor.

—Sí, desde luego. Oiga, ¿qué ha pasado? —preguntó la joven, al ver la grúa en funcionamiento.

—Sucedió hace dos noches. Una loca intentó pasar, sin hacer caso de las señales de prohibición y el puente se hundió. Ella se ahogó. Ahora están rescatando el coche.

—Terrible —murmuró Norma.

—El forense dice que, posiblemente, debía estar borracha. De otro modo, no se comprende que no viera las luces rojas y las señales de prohibición de paso. Todo estaba debidamente señalizado. La responsabilidad es exclusivamente suya.

—Sí, entiendo. Muchas gracias, amigo.

—La pasarela está a ciento cincuenta metros más abajo. Está bien construida y el cruce no ofrece el menor riesgo.

Norma se resignó a utilizar aquel primitivo medio de paso sobre el río. El operario tenía razón; aparte de cierto balanceo, lógico en una obra de tales características, se podía cruzar al otro lado sin la menor dificultad.

Había algunos coches y camionetas en las inmediaciones de la pasarela. Los granjeros de la vecindad iban hasta allí y pasaban sus productos a brazo. Otros vehículos venían a recoger la mercancía y la llevaban al pueblo.

Un granjero, que regresaba a su casa, se ofreció para lie varia al Cottage. Norma aceptó la invitación, agradecida. Ya tendría ocasión de caminar a pie al regreso de su visita a Hathelwood Cottage.

Una mujer de mediana edad, regordeta y de mejillas encamadas, la recibió en la puerta del caserón.

—Soy Norma Evram —se presentó—. Tenga la bondad de anunciarme

inmediatamente al señor Blakefield…

—El doctor está muy ocupado ahora, señorita —contestó Effie.

—Es lo mismo. Esperaré todo lo que sea necesario. Ah, por si no lo sabe, soy la dueña de Hathelwood Cottage.

Norma pronunció aquella pequeña mentira, sabiendo que la sirvienta se sentiría así más impresionada. A fin de cuentas, tanto importaba que ella no fuese la dueña realmente. Su padre, cuando regresara a los Estados Unidos, aprobaría sin dudar su acción.

—Sí, señorita Evram —dijo Effie—. Venga conmigo, se lo ruego. Haré que Adam avise inmediatamente al doctor…

—¿Quién es Adam?

—El ayudante del doctor, señorita. Yo me llamo Effie, a su servicio.

—Gracias, Effie.

Norma pasó al gran salón y se sentó en un sofá. Recordaba muy bien aquella estancia de sus tiempos de niñez. Nunca le había gustado el Cottage de forma especial, pero tenía que obedecer a sus mayores y ahora se felicitaba de que hubiesen decidido alquilar la propiedad. Aunque no le agradaba en absoluto que alguien la hubiese convertido en su cementerio privado.

De pronto, un hombre entró en el salón y se detuvo a pocos pasos de la puerta.

—Soy Darcey Blakefield —se presentó.

* * *

Norma contempló al hombre unos instantes. Era de elevada estatura, de cabellos grises y rostro caballuno. Le pareció que tenía ojos de batracio, grandes, redondos, saltones. Sus manos, apreció, eran desmesuradamente grandes. Pensó que correspondían, incluso, a un hombre de dos metros y medio de altura. Claro que no existían gigantes.

—Norma Evram —dijo ella lacónicamente—. Tengo entendido, señor Blakefield, que es usted el inquilino de Hathelwood. Cottage.

—En efecto, señorita Evram, y debo decirle que me siento muy satisfecho de mi estancia aquí. No tenía el gusto de conocerla y ahora puedo añadir que mi satisfacción es doble al saber que una joven tan encantadora es la propietaria del Cottage.

—Muchas gracias, señor… ¿O debo llamarle doctor?

Blakefield hizo un blando ademán con la mano derecha.

—No tiene importancia —contestó—. Soy médico, en efecto, pero el tratamiento es irrelevante. Dígame, señorita, ¿en qué puedo servirle? Estoy

por completo a su disposición, créame.

Norma vaciló un instante. Le producía repugnancia lo que iba a decir pero comprendía que no tenía otro remedio que hacerlo.

—Doctor, tendrá que perdonar lo que sin duda piensa es una intromisión en sus asuntos privados —dijo, después de reflexionar un momento—. Sus asuntos privados, al menos, cierta parte de ellos, han entrado en colisión con los derechos que tengo sobre la propiedad.

—No entiendo —dijo Blakefield—. ¿Acaso he hecho algo que esté mal? Mi comportamiento ha sido correcto en todo instante. Ninguno de mis vecinos, aunque también debo añadir que el más próximo vive a dos millas largas, tiene motivos de queja contra mí, que yo sepa.

—No se trata de quejas del vecindario. —Norma inspiró profundamente —. Tengo informaciones, dignas de todo crédito, que me aseguran guarda usted el cadáver de una mujer en la cripta de la casa. Su esposa, supongo.

—Ah, le han dicho eso…

—Sí, doctor. ¿Estoy equivocada?

—Sólo hasta cierto punto. Es verdad que tuve aquí el cuerpo de mi esposa, durante cierto tiempo, pero no lo hice por motivos inconfesables, como su informador, sin duda, habrá llegado a pensar.

—Mi informador no me habló de ninguna clase de motivos. Sólo me dijo que había visto el cadáver de una mujer, joven y hermosa, en un ataúd con la tapa de cristal. Presumo que se trata de su esposa… eso es todo.

—Sí, tuve aquí el cuerpo de mi mujer durante un tiempo. Le seré sincero: soy experto en embalsamar cadáveres. Mi mujer murió joven, de una cruel enfermedad, que no pudieron vencer los recursos de la ciencia. Ni mis más distinguidos colegas, eminentes especialistas, por otra parte, pudieron curarla.

—Lo siento, doctor. Acepte mis más sinceras condolencias —dijo Norma.

Blakefield agradeció el gesto con una inclinación de cabeza.

—Es usted muy amable, señorita Evram —contestó—. Bien, continuando con el tema, le diré que, tras concluir el embalsamiento del cuerpo de mí esposa, lo tuve aquí durante un tiempo, a fin de observar los resultados de la operación. No podía enterrarlo y desenterrarlo al cabo de unos meses, para ver si el embalsamiento resultaba efectivo.

—Comprendo. Entonces… ¿debo deducir que el cadáver de su esposa no está en el Cottage?

Blakefield extendió una mano.

—¿Quiere comprobarlo por usted misma, señorita?

Norma se sintió acometida por ciertos escrúpulos, que le impidieron dar una respuesta inmediata. Blakefield pareció comprender sus vacilaciones.

Sonriendo, asió ligeramente el brazo de la muchacha y tiró de ella.

—Venga, por favor: no quiero que se vaya de aquí dudando de mí.

—Doctor, no dudo de su palabra…

—El ser humano tiende a dudar siempre por naturaleza. Si ahora no viniese conmigo a la cripta, usted, una vez fuera del Cottage, pensaría algo semejante a: «A pesar de que parecía sincero y que no hay motivos para creer que me miente, debí haber bajado a la cripta.» Y usted se sentiría desazonada y le costaría mucho alejar de sí ese malestar.

Norma casi se echó a reír.

—Puede que tenga razón, doctor. De lo que no hay duda es que usted es un profundo conocedor del alma humana.

—Todo médico debe intentar profundizar en el alma de los humanos. De lo contrario, no es más que un técnico… un mecánico de la sanidad.

—Eso si es muy cierto —convino la muchacha.

—El médico debe ser amigo de su paciente. Obtiene siempre mejores resultados… aunque en el caso de mi esposa, todos los esfuerzos resultaron estériles.

—Hay un porcentaje inevitable de fracasos, doctor. Usted debe saberlo mejor que yo todavía.

—Sí, pero cuando el fracaso se refiere a un ser querido…

Blakefield calló bruscamente. Norma entendió que la pena le impedía continuar hablando. Debía de haber amado mucho a su mujer, pensó conmovida.

Descendieron a la cripta. Norma vio unas maderas esparcidas por el centro.

—Tenía el ataúd sobre un túmulo, lo que me permitía examinarla mejor —explicó Blakefield—. Puesto que el ataúd está ya en su sitio definitivo, he ordenado deshacer el túmulo, a fin de que el sótano quede en su estado primitivo.

—No era necesario, doctor; no lo usamos apenas…

—Es mi obligación, señorita.

Volvieron al vestíbulo. Blakefield invitó a la muchacha a tomar el té.

—Gracias, doctor, pero me marcho inmediatamente. He de estar en Londres antes del atardecer. Tengo un pasaje para un vuelo nocturno y mañana, a estas horas, estaré en mi casa de Maine.

—Le deseo buen viaje, señorita. Pero supongo, ya sabe que el puente está en obras…

—He dejado mi coche al otro lado. Iré a pie, no se preocupe.

—¡Por favor! Ordenaré a mí ayudante que la lleve hasta la pasarela. Es lo menos que puedo esperar hacer por usted. Aguarde un momento, por favor.

Norma salió al exterior. Por un momento, pensó en que Blakefield la engañaba. Tenía la impresión de que el sujeto era un hombre muy hábil con las palabras.

Pero había visto la cripta vacía. No, no había motivos para dudar de las declaraciones de Blakefield. Sin embargo, le haría una pregunta cuándo volviese a verlo.

Al cabo de unos momentos, levantó la vista. Hacia un sol esplendoroso y pudo contemplar a su sabor la gárgola que tanto terror le había causado cuando era pequeña.

El demonio de piedra había sido representado de la forma más horrible que pudiera imaginarse. Tenía la cabeza de águila, con cuernos y un pico fenomenal, que parecía dispuesto a destrozar a su presa en cualquier momento. El cuerpo, escamoso era de reptil, pero las garras pertenecían a un gran felino. Las alas, de murciélago, estaban replegadas y casi cubrían al hombre aprisionado.

Norma pensó que el artista había querido representar una escena que nadie pudiera olvidar jamás. Si el alma de Brandaugh había sido el alma de una fiera, sólo un auténtico monstruo podía aprisionarla.

—Hasta que algún día, alguien pague el precio por su rescate…

Sí, pero ¿quién pagaría aquel precio?

El rumor de un motor se dejó oír en aquel instante. Blakefield salió a la puerta, en el momento en que el coche doblaba una de las esquinas de la casa.

—Adam, mi ayudante, la llevará hasta las inmediaciones de la pasarela, señorita Evram.

Adam detuvo el coche, saltó al suelo y abrió la portezuela respetuosamente.

—Le deseo un feliz viaje —sonrió Blakefield.

—Gracias, doctor. Ah, una pregunta, por favor. ¿Dónde ha enterrado a su esposa?

Blakefield adoptó de inmediato una expresión grave y circunspecta.

—Le ruego me perdone, pero eso es algo que no quiero divulgar. Una cosa puede tener por segura: no la he enterrado en su propiedad, ni dentro ni fuera de la casa.

—Gracias. Adiós, doctor.

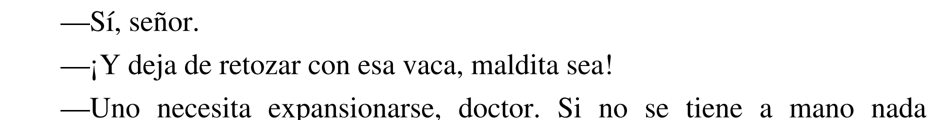
—Adiós, señorita Evram.

El coche se puso en marcha inmediatamente. Blakefield quedó en la puerta todavía unos momentos. Luego entró en la casa.

Adam regresó quince minutos más tarde. Blakefield le hizo una seña y el ayudante le siguió.

—Nos pondremos al trabajo inmediatamente —dijo—. Pero cuando se

haya marchado Effie, ¿entendido?



—Sí, señor.

—¡Y deja de retozar con esa vaca, maldita sea!

—Uno necesita expansionarse, doctor. Si no se tiene a mano nada mejor…

—No lo digo por sus necesidades fisiológicas. Lo digo por si te vas de la lengua, ¿comprendes?

Adam sonrió.

—Sobre eso, puede estar tranquilo, doctor. Effie no sospecha nada en absoluto, se lo aseguro.

—Mejor para todos, Adam. Ahora, por favor, déjame tranquilo; tengo que estudiar algunas notas. Avísame cuando Effie se haya ido.

—Sí, señor.

Norma llegó a Londres con el tiempo justo para ir al aeropuerto. Desde allí, sin embargo, pudo apreciar que le quedaban algunos minutos para hacer una llamada.

—He estado en Hathelwood Cottage. El doctor Blakefield ya ha enterrado a su esposa. Me dijo que había tenido allí el cadáver, durante cierto tiempo, a fin de observar los efectos del embalsamamiento. No quería darle sepultura definitiva hasta estar seguro de que la operación había concluido con éxito absoluto. A mí me parece algo razonable, ¿no cree?

—Sí, por supuesto —contestó Leeds—. Celebro que todo haya terminado bien. Yo lo dije únicamente porque me pareció extraño; no por otra cosa ni por meterme en asuntos que no me importaban.

—Gracias, señor Leeds. Dentro de unos minutos partiré para los Estados Unidos. No sé cuándo volveré. Celebro haberle conocido.

—Fue un placer —dijo él—. Le deseo un feliz viaje, señorita Evram.

Leeds colgó el teléfono y meneó la cabeza. Le habría gustado que Norma permaneciese algún tiempo más en el país. Podrían haber entablado relaciones más profundas… aunque tampoco había causado en su ánimo tan profunda impresión que la estuviese echando de menos a cada momento.

Luego pensó en otra cosa, mucho menos agradable. Un familiar de Stella le había informado poco antes de su trágica muerte. Conocían los lazos que unían a los dos y se había sentido obligado a comunicarle la fúnebre noticia.

CAPITULO VI

El entierro de Stella se efectuó al día siguiente, en el pequeño cementerio de Drogsbury. La ceremonia se había retrasado tres días, a causa de las actuaciones del forense, quien, al fin dio su permiso para enterrar a la joven.

Los familiares habían decidido que el cuerpo de Stella quedase en el mismo lugar donde había muerto. Heredarían una saneada fortunita, pensó Leeds tristemente. Ni siquiera se habían querido gastar el importe de un traslado del cadáver hasta Londres. Aunque, bien mirado, quizá estaría mejor allí, en un cementerio de aldea, mejor que en una impersonal necrópolis.

Lloviznaba ligeramente cuando abandonó el cementerio. Después de despedirse de los parientes de la difunta, subió a su coche y emprendió la marcha en dirección al Cottage. El puente ya había sido reparado y reforzada adecuadamente su estructura. Un cuarto de hora más tarde, se detenía frente a la puerta del enorme caserón.

La boca pétrea del conde Brandhaugh goteaba suavemente cuando alzó el gran llamador de metal. A los pocos momentos, abrió una mujer.

—Soy Brian Leeds —se presentó—. Por favor, ¿puede anunciarme al señor Blakefield?

—Veré si puede recibirle, señor —contestó Effie—. Pase, se lo ruego.

Leeds entró en un vestíbulo que ya conocía. Effie le acompañó hasta el salón. Al cruzar el umbral, Leeds no pudo por menos de contemplar el sillón donde meses antes había visto a Wilma Faggin, Una hermosa joven muerta en la flor de la edad. Su rebeldía y su inconformidad eran producto, sin duda, de los pocos años.

También Stella había muerto joven, cuando más podía esperar de la vida. Ahora yacía sola en un pequeño camposanto, bajo la lluvia y la niebla…

La voz de Blakefield le arrancó súbitamente a tan amargas reflexiones.

—¡Amigo Leeds, que placer verle por aquí de nuevo! —exclamó con acento lleno de efusividad—. ¿Qué le trae por mi humilde morada?

Leeds se volvió.

—Celebro verle, doctor —contestó—. Debo pedirle perdón, en primer lugar, por arrancarle a sus ocupaciones. Pero hoy vine a Drogsbury y no quería marcharme sin haberle saludado a usted.

—Muy amable —dijo Blakefield, —mientras destapaba una botella de buen coñac.

—También me ha traído aquí otro motivo, doctor. La muerte de Stella Wharton, a cuyo entierro he asistido hace poco rato.

Blakefield entregó una copa al joven.

—Un suceso verdaderamente lamentable —manifestó—. La señora Wharton se emborrachó. Ignoro de dónde sacó el licor, pero lo cierto es que

bebió con exceso y se fue con su coche. El alcohol le impidió ver las señales de prohibición de cruce, éste cedió bajo el peso del vehículo y se precipitó al torrente. En la caída, recibió un golpe que la privó del conocimiento. El agua penetró en el coche y se ahogó. Verdaderamente lamentable, créame.

—No lo dudo, doctor, pero tal como me ha relatado el suceso, diríase que Stella trataba de escapar de su casa.

—Por favor, modere su fantasía. Yo tenía a Stella como paciente, con su pleno consentimiento. Pero ella era libre de marcharse cuando quisiera; no la retenía aquí contra su voluntad. El alcohol, insisto, le hizo ver que ya estaba completamente curada. Es cierto que había progresado muchísimo, pero, en mi opinión, debería haber continuado aquí durante un par de semanas al menos.

—¿Qué enfermedad padecía, doctor?

—Una variedad benigna de leucemia, curable, aunque no en unos pocos días. Estaba dispuesto a darle de alta dentro de un par de semanas, tres como máximo. Si su enfermedad hubiera sido de otra clase, por supuesto, yo no la habría tenido aquí; la habría recomendado un centro médico competente.

Leeds parecía mostrarse escéptico. Blakefield continuó:

—Si duda de mí, hable con el doctor Fortescue. Nos carteamos con frecuencia. Él también estudia esa enfermedad y conoce mis trabajos al respecto.

—Gracias, doctor —respondió el joven—. Puesto que usted ha mencionado a mí vecino, no necesito más explicaciones. Pero le ruego lo comprenda; Stella era una gran amiga mía y he sentido infinitamente su muerte.

—Lo lamento muchísimo, querido Leeds. Si puedo serle útil en alguna cosa más…

Leeds meneó la cabeza negativamente. Por un momento, pensó en el cuerpo Embalsamado de la señora Blakefield. Pero era un asunto que no le concernía directamente. Además, Norma le había dado una explicación satisfactoria sobre el particular.

—Agradezco su amabilidad, doctor. Y ahora, permítame; no quiero seguir molestándole más…

Leeds abandonó la casa. Subió a su coche y emprendió el camino de regreso. A tres millas del Cottage, divisó un automóvil parado en un cruce y a una joven que se había apeado junto a un poste indicador de caminos.

Leeds frenó y asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Le ocurre algo, señorita? ¿Puedo ayudarla? tila se volvió. Era una muchacha de poco más de veinte años, de mejillas sonrosadas, con algunas pecas, no muy bonita, pero sí de graciosa expresión.

—Voy a Hathelwood Cottage, pero este maldito cartel está ilegible.

Además, no llevo siquiera una moneda suelta para jugarme a cara o cruz si voy por la derecha o por la izquierda.

Leeds se echó a reír.

—Siga la dirección contraria a la que yo llevo. Precisamente regreso de allí —manifestó.

—Muchas gracias. La verdad es que llegué a temer que me hubiese perdido. Hay un pueblo a unas dos millas, pero aquí parece que nos encontramos en una selva virgen.

—Sí, es una comarca bastante agreste. Oiga, señorita…

—Keigthon, Petra Keighton —contestó la muchacha.

—Perdone la pregunta, pero ¿está enferma?

Petra lanzó una sonora carcajada.

—¿Quién, yo? Si fuese hombre, partiría ladrillos con la nariz —exclamó jovialmente— No: voy al Cottage contratada por el dueño. Piensa escribir un libro y me ha contratado como secretaria mecanógrafa. Gracias a Dios, tengo una salud de hierro. ¿Por qué me lo ha preguntado?

—Nada, no tiene importancia. Adiós, señorita Keighton.

Leeds arrancó inmediatamente. No quería que Petra conociese su nombre. Podía mencionarlo a Blakefield y éste conocería la pregunta que le había hecho. Puesto que había declarado sostener correspondencia con Fortescue, cabía la posibilidad de que mencionase el incidente en una carta y su amigo podría sentirse ofendido por una curiosidad tal vez fuera de lugar.

Regresó a Londres y a su vida habitual y, a las veinticuatro horas, había olvidado a Petra.

* * *

Los días, las semanas y los meses transcurrieron lenta y monótonamente.

Magda Lanbury conoció a otro joven, al que estimó inmediatamente como el amor de su vida. La ruptura aunque con ciertos incidentes, sobrevino sin demasiado quebranto para Leeds. También él había sido el «amor de su vida» y, por lo que había llegado a saber. Magda había tenido algo así como treinta o cuarenta «amores de su vida», antes de conocerle a él. Tendría cientos de amores más, se dijo sin mucha pena.

Sin embargo, no pudo evitar comentarlo con el doctor Fortescue. El médico le sirvió primero una copa y luego dijo:

—En cierto modo, estamos a la par, Brian. También a mí me abandonó Mary, aunque debo reconocer que las circunstancias son distintas. A fin de

cuentas, tú no estabas casado con Magda.

—Eso sí es verdad, y pienso que algún día habríamos acabado por divorciarnos. Bueno, no era la única mujer de este mundo, ¿verdad?

—Menudo lío en tal caso —rió Fortescue—. Pero no te preocupes, muchacho: como dice el refranero, «la mancha de la mora, con otra mora se quita», «Un clavo saca otro clavo» y, «a rey muerto, rey puesto». A ti está a punto de sucederte lo mismo.

—¿Por qué está diciendo eso? ¿Es evidente, doctor?

Fortescue se echó a reír.

—No, tengo ojos en la cara y estoy viendo a una guapa muchacha que se dispone a llamar a la puerta de tu casa —respondió.

Leeds Volvió la cabeza. A través de la ventana de la sala en que se hallaban, podía ver su jardín. Una joven llegaba en aquellos momentos a la puerta de la casa.

—¡Norma! —exclamó, sin poder contenerse.

Sintiendo una alegría enorme, corrió hacia la puerta, despidiéndose del doctor con un gesto de la mano. Salió al jardín y pasó al suyo de un salto.

—No se moleste en llamar. Norma —dijo—. Estoy aquí.

La muchacha se volvió en el acto.

—Brian, cuánto celebro verle —manifestó, a la vez que le tendía la mano —. Quise llamarle por teléfono, para avisarle de mi llegada, pero usted no me contestó…

—Estaría en el trabajo, seguramente. Luego, al regresar a mí casa, entré a tomar una copa con el doctor Fortescue, un buen amigo mío. Pero pase, por favor.

Leeds abrió la puerta y condujo a la muchacha a la sala, ayudándole a quitarse el impermeable. Norma vestía un sencillo traje de lanilla azul claro, muy ajustado a una silueta de contornos clásicos. Ella se dio cuenta de que miraba sus manos y pareció sorprenderse del detalle.

—¿Las tengo feas? —preguntó.

—Oh, no, sólo miraba para encontrar un anillo de casada…

—Ni siquiera de prometida, aunque bien es cierto que estuve a punto de formalizar el compromiso.

—¿Qué pasó, Norma?

—Bueno, yo no soy racista ni pienso en las diferencias de clase. Si ella hubiese sido de raza blanca y dueña de medio mundo, también le habría puesto de patitas en la calle.

—Un tipo voluble, vamos.

—Lo encontré con una de nuestras sirvientas, una mulata clara, preciosa… ¿Soy yo tan fea, Brian?

—Su pretendiente era tonto —contestó él jovialmente—. Pero si lo descubrió a tiempo, no lo lamente. Peor sería que le hubiese pasado como a mí amigo el doctor Fortescue. Ella lo dejó después de casi un cuarto de siglo de matrimonio y por un hombre que tenía quince años menos.

—Este mundo no tiene remedio —contestó Norma sonriendo—. Brian, ¿le extraña mi visita?

—Me sorprende, más bien. No esperaba verla, sinceramente.

—He vuelto a Inglaterra por ciertos asuntos de mi padre. Soy su colaboradora en sus negocios. En algunos, claro.

—Comprendo. El señor Evram ha querido evitarse un paseíto en avión.

—Se ha acomodado a aquella vida y tiene pereza en moverse. Dice que eso queda para los jóvenes y… Resumiendo, queremos vender Hathelwood Cottage.

—Oh, comprendo. Ha venido usted para realizar la operación.

—Justamente. Ahora bien, sé que usted tiene una oficina propia de asesoría financiera. Me gustaría que se ocupase de la operación.

Leeds alzó las cejas, vivamente sorprendido.

—¿Yo? Bueno, no ignoro los procedimientos, pero podría encargarlo a algún experimentado vendedor… Conozco a un par de ellos, de honestidad a toda prueba, que obtendrían para usted el máximo precio por la propiedad.

—Podemos hacer una cosa: usted lo encarga a uno de sus conocidos, pero dirigirá las operaciones. También tendrá que asesorarme sobre la mejor forma de invertir el importa de la venta. Papá me ha regalado el Cottage y tengo toda la documentación en regla.

El joven se frotó la barbilla unos instantes. Luego dijo:

—Haremos una cosa. Mañana acudirá a mí oficina con todos los documentos. Yo los examinaré y luego llamaré al agente vendedor, para que los vea también y exprese su opinión sobre el particular. Después, lomaremos una decisión… y haremos lo que sea más conveniente. ¿Le parece bien?

—Estupendo —respondió Norma—. Ya sabía que venir a verle a usted era lo mejor que podía hacer.

Leeds carraspeó ficticiamente.

—Me va a poner colorado… Por cierto, ¿tiene algún compromiso para esta noche?

Norma sonrió, pero no tuvo tiempo de contestar. Alguien llamó a la puerta y Leeds hizo un gesto de contrariedad.

—No sé quién es —murmuró—, pero quienquiera que sea va a tardar cinco segundos en salir disparado como un cohete.

CAPITULO VII

Abrió la puerta y casi tuvo que levantar la vista para poder contemplar el rostro de la mujer que estaba parada ante el umbral. Era tan alta como él y además usaba tacones de seis centímetros. Leeds apreció que, con una estatura inferior, aquella mujer habría podido parecer una ballena. Sin embargo, resultaba en cierto modo esbelta, aunque se la veía exuberante de carnes y, según parecía, con la fuerza física de un hombre de su corpulencia.

—¿Es usted el señor Leeds? —preguntó ella.

—Sí, soy yo, y no comprendo nada, ni estoy dispuesto a escuchar sermones sobre la vida de ultratumba ni me gusta el yoga ni la meditación trascendental…

—No vendo nada, ni hago propaganda de ninguna clase de ideas religiosas o filosóficas —le interrumpió la mujer, a la vez que le enseñaba una tarjeta—. Soy Ronnie Shircoe, detective privado.

—El criminal es el carnicero de su esquina. No le compre carne para el guisado; podría comerse un muslo de su esposa.

—Gracioso —Ronnie hizo una mueca—. Si está ocupado, y sé que lo está, porque desde aquí estoy viendo un par de piernas muy bonitas, le diré que voy a robarle apenas un par de minutos de su tiempo. Dígame, ¿ha estado usted alguna vez en Hathelwood Cottage?

Leeds dio un respingo.

—Ha dicho…

—Hathelwood Cottage —confirmó la mujer—. Conteste, por favor.

—Muy bien. Usted me dirá por qué me hace esa pregunta. Pero quizá le interese saber que, precisamente, la dueña de ese lugar está ahora en mi casa. También es dueña de esas piernas tan bonitas que está viendo desde el umbral.

—¿Habla en serio? —se asombró Ronnie.

—Norma, por favor…

La muchacha se levantó y acudió a la puerta. Leeds señaló a la visitante.

—Es Ronnie Shircoe, detective privado. Quiere saber si he estado alguna vez en el Cottage.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha.

—Tengo interés en hablar con todos los que han estado allí en alguna ocasión. Son retazos de información que muchas veces, resultan papeles sin valor y acaban en la basura. Pero así se consiguen resultados, créame.

—Muy bien, pase usted, señora Shircoe. Ah, ella es Norma Evram…

Las dos mujeres se saludaron cortésmente. Al cruzar la puerta, Ronnie se abrió el impermeable. Leeds llegó a pensar que lo que había bajo el vestido podía explotar algún día y provocaría una catástrofe. Pero Ronnie no había

cumplido aún los cuarenta años y tenía un atractivo especial que la hacía resultar agradable en todos los aspectos.

—Bueno, empiece, señora Shircoe —invitó el joven.

Ronnie vaciló.

—Verá… me han encargado averiguar el paradero de una muchacha llamada Petra Keighton. Se sabe que fue al Cottage, pero ha desaparecido y no se han vuelto a tener noticias suyas. Y, por lo visto, no es la única en sus condiciones.

La visitante esbozó una sonrisa y dejó una tarjeta de visita sobre la mesa.

—Creo que no tengo mucha prisa en la respuesta —manifestó—. Un día más o menos poco importa. Señor Leeds, muchas gracias por haber accedido a recibirme. Mañana le llamaré por teléfono y podremos hablar con más tranquilidad.

—Como quiera —respondió el joven.

—También me gustaría hablar con la señorita Evram. Mañana, desde luego.

—Me hospedo en el Ambassador —dijo Norma.

—Hasta mañana, en tal caso —se despidió Ronnie. Al quedarse solos, Norma cambió una mirada con el joven.

—¿Que pasa en el Cottage, Brian? —preguntó.

—No lo sé, aunque sí recuerdo a Petra Keighton y sé que fue allí, contratada como secretaria personal de Blakefield. Este quería escribir un libro, supongo que sobre medicina o algo por el estilo. Pero no sé más…

—Será cosa de que arreglemos los asuntos en Hathelwood Cottage antes de ponerlo a la venta. Nadie lo querría en determinadas circunstancias, ¿no le parece?

—Desde luego, pero eso podemos dejarlo para mañana. Cuando llegó esa monumental mujer, yo iba a preguntarle si aceptarla una invitación para cenar.

—Por supuesto, encantada —respondió ella.

* * *

Por la mañana, Norma acudió al despacho del joven y le llevó los documentos. Leeds pasó un buen rato examinando y, al fin, los dejó en una caja fuerte, donde guardaba otros documentos de importancia.

—Por el momento, todo está en regla —contestó—. Sin embargo, haré que los examine mi amigo el vendedor de fincas. Precisamente está fuera de Londres y tardará algunos días en volver. Pero no tenemos prisa, ¿verdad?

—Después de lo que nos dijo ayer aquella gigantesca detective, ninguna —sonrió la muchacha.

—Muy bien. ¿Tienes algún compromiso para la hora del almuerzo?

—¿Es que piensa encargarse de mi alimentación mientras dure mi estancia en Londres?

—Cargaré la cuenta en gastos de representación —rió él.

—Puede añadirlos a su comisión por la venta del Cottage —sugirió Norma.

—No le cobraré ni un penique. Y, perdone si la decepciono, pero no lo hago solamente por usted, Norma. Una amiga mía murió allí en trágicas circunstancias y no estoy seguro de que el actual inquilino sea absolutamente inocente. También sé de otra joven que murió antes, enferma, atendida por Blakefield…

—¿Piensa usted que allí están pasando cosas raras?

—¿Por qué, si no, está investigando Ronnie Shircoe?

—Es cierto —asintió la muchacha preocupada—. Creo que deberíamos ayudarla en su investigación, en la medida de lo posible.

—Estoy de acuerdo con usted, Norma. Mire, vamos a almorzar y después, si Ronnie no ha llamado a mí despacho, iremos a visitarla a su oficina. ¿Le parece bien?

—Estupendo —accedió ella.

Pasado el mediodía, Leeds hizo una llamada a su secretaria, quien le informó no haber tenido noticias de la señora Shircoe. Ronnie tampoco había llamado al hotel donde se hospedaba la joven.

—Quizá está haciendo pesquisas por otra parte —supuso Leeds—. Llamaré a su oficina y, si está, iremos a verla inmediatamente.

Ronnie no contestó. Leeds volvió a reunirse con la muchacha.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—¿No tiene usted trabajo? —sonrió ella.

—He decidido tomarme libre el resto del día, en su honor.

—Yo pensaba ir de compras, Brian. Si quiere aburrirse…

—Es una forma de aburrimiento tan agradable, que resulta mejor que cualquier otro género de diversión.

Norma lanzó una alegre carcajada.

—Brian, ¿cuántas piezas hay en su haber? —preguntó.

—¿Yo? —Leeds se puso las dos manos en el pecho—. Soy un pobre infeliz, que se ruboriza si una mujer le dirige la palabra…

—No se haga el modesto. Todavía recuerdo la fiesta en casa de los Shermyne. Aquella lagarta le raptó a usted, literalmente.

—¿Lo vio?

—Tengo buen ojo y mejor memoria. Y, además, conocía a Magda Lanbury y su reputación.

—Pues podía haberme avisado.

—Usted se sentía muy a gusto precipitándose en aquel abismo. ¿Por qué privarle de su placer?

—Luego quedó el sabor de cenizas amargas —dijo Leeds sentenciosamente.

—Sí, suele ocurrir. ¿Vamos?

Media hora más tarde, entraban en unos grandes almacenes. Norma se dirigió inmediatamente a la sección de lencería.

—Espero en la cafetería —sonrió él—. No quiero que me tome por un curioso ávido de conocer que prendas íntimas lleva puestas.

—No le pillaría de nuevas, de todas maneras, ¿verdad?

Leeds rió suavemente. Buscó el ascensor y subió al último piso. Pidió un whisky y se dispuso a esperar pacientemente la llegada de la muchacha. Tardaría rato, se dijo resignado.

* * *

Media hora más tarde, cuando se disponía a encargar su segundo whisky, alguien puso una mano en su hombro.

—¿Brian?

El joven alzó la cabeza, pero no sonrió al reconocer al individuo que estaba a su lado.

—Hola, Reg —dijo fríamente.

—Celebro verte, Brian —manifestó el otro—. ¿Permites que me siente? Quiero hablar contigo…

—Reg Cooper, en cierta ocasión me jugaste una mala pasada. No me importó que ella se fuese contigo; lo que sí me dolió fue el sucio truco que empleaste para conseguir que ella me dejase plantado. Y no me digas que en la guerra y el amor todo vale, porque te aplastaré las narices de un puñetazo. A un amigo no se le hacen guarradas, ¿me oyes?

—Lo siento —dijo Cooper—. Me porté mal, es cierto, pero estaba chiflado por ella…

—Y, a las pocas semanas, te dejó plantado, ¿verdad?

Cooper se mordió los labios.

—No estoy seguro todavía. Dijo que se encontraba algo indispuesta y que iba a pasar una temporada en el campo.

—Suele suceder. El campo es siempre más sano que la ciudad —respondió el joven cáusticamente—. Seguramente se puso enferma después de haberte conocido, Reg.

—No digas eso, Brian. Yo quería sinceramente a Magda. Y ella también me quería a mí…

Leeds levantó un ojo y miró al techo.

—Si no me equivoco, tú eres el «amor de su vida» número treinta y ocho —manifestó—. Bueno, si tanto la quieres, ve a buscarla y cásate con ella.

—Es qué no sé dónde está. Magda no quiso darme su dirección. Dijo que deseaba que la viera cuando estuviera totalmente curada. Caramba, pero si tenía una salud a prueba de bombas. Nunca he visto mujer más…

—¿Ardiente? ¿Apasionada? ¿Voluptuosa? —dijo el joven sardónicamente.

—¡No te burles de mí, demonios! —protestó Cooper—. Admito que estés resentido conmigo, pero ahora yo me siento muy preocupado por su falta de noticias. Incluso llegué a pensar que se había reconciliado contigo, Brian.

—Estás equivocado. Ni por todo el oro del mundo habría vuelto a su lado. Lamento no poder ayudarte, Reg. De veras, ¿me oyes?

—Está bien. Veré a ver si puedo encontrarla por otros medios. De todos modos, gracias, Brian.

Cooper se marchó. Leeds hizo una mueca.

—Se lo tiene bien merecido —masculló—. Ella no era más que una zorra sin moral…

—¡Vaya un calificativo! —exclamó Norma de repente—. Quién es esa depravada mujer, Brian.

El joven se puso en pie inmediatamente.

—Perdone. Norma, no me había dado cuenta de que hablaba en voz alta —se disculpó—. Un amigo vino a preguntarme por una chica con la cual estaba en relaciones. Ella y yo tuvimos un pequeño romance y creía que había vuelto a mí lado.

—Y no es así.

—Oh, claro que no. Además, él me jugó una mala pasada… Pero, Norma, le veo las manos vacías —exclamó Leeds de pronto—. ¿Es que no se ha comprado siquiera un pañuelo?

La joven se echó a reír.

—Mi tarjeta de crédito carga las facturas en la cuenta común de la familia y mi padre se ocupa de la contabilidad. Cuando le llegue la factura de lo que he comprado aquí, le dará un síncope. En serio, me enviarán los

paquetes al hotel, Brian.

—Ah, siendo así… Bueno, ¿tomamos el té? Después nos enteraremos si Ronnie ha llamado a alguno de los dos. En caso contrario, iremos a su oficina.

—Está bien —accedió Norma.

Una camarera les sirvió el té. Al terminar, Leeds pidió un teléfono.

Momentos después, ya estaban enterados de que Ronnie no había llamado a ninguno de los dos. Por tanto, decidieron cumplir lo acordado.

Treinta minutos después, se detenían ante una puerta en la que había un rótulo de cristal negro, con letras doradas:

«R. SHIRCOE. DETECTIVE PRIVADO.

Un poco más abajo había una indicación para entrar sin necesidad de llamar. Leeds abrió la puerta y se encontró en una oficina, discretamente amueblada, aunque no daba sensación de pobreza en ningún momento.

—No está —dijo.

Norma miró por encima de su hombro.

—Probemos en el interior —sugirió—. La indicación de entrar sin llamar tiene objeto cuando ella está en casa. De lo contrario, la puerta estaría cerrada. Parece como si viviera aquí, tengo esa sensación.

—Quizá está en el baño.

—En tal caso, iré yo. Es lo más correcto, ¿no le parece?

Leeds asintió. Norma abrió la puerta del fondo. El joven percibió el sonido de sus tacones. Luego, de súbito, oyó un agudísimo chillido de terror.

Norma reapareció instantes después, terriblemente pálida y a punto de caer al suelo. Leeds se apresuró a sostenerla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, muy aprensivo.

—Ella… Ronnie… Está muerta…

CAPITULO VIII

Leeds dejó a la muchacha en un sofá y se acercó al dormitorio. Ronnie efectivamente, estaba allí, muerta.

La mujer ofrecía un espectáculo horrible, a pesar de que en cierto modo, no había sufrido violencias. Aparecía completamente desnuda, sobre la cama, de estilo anticuado, y amarrada a los barrotes, por las muñecas y los tobillos, con sendas tiras hechas de tela de sábana.

Tenía la boca tapada con una tira de tela, lo cual significaba que el asesino había querido evitar sus gritos. Los ojos estaban cerrados y, a no ser por la situación en que se hallaba, podría haberse dicho que estaba dormida.

Leeds se preguntó cómo era posible que una mujer, aparentemente robusta y, sin duda, conocedora de muchas artimañas, hubiera podido dejarse vencer con tanta facilidad. Quizá había cedido bajo la amenaza de una pistola, pero Ronnie había sido mujer experimentada y sin duda, habría podido darse cuenta de que ceder a las pretensiones del hombre que la había atado a la cama era resignarse a la muerte.

Tendría que haber luchado desesperadamente y no había sido así. Incluso amenazada por una pistola, podía haber tenido grandes posibilidades de salir triunfadora del ataque del asesino. ¿Cómo había permitido llegar a semejantes extremos?

Dominando sus aprensiones, se acercó un poco más al lecho. Una cosa le extrañó sobremanera: la absoluta blancura de la piel de Ronnie.

Era algo más que la lividez habitual en la epidermis de un cadáver. Parecía como si la hubieran sumergido en un baño de pintura blancoazulada y, sin embargo, no había el menor rastro de tal pintura sobre su cuerpo. Leeds hubiera jurado que en las venas de Ronnie no quedaba una sola gota de sangre.

Incluso tuvo la sensación de que era una figura humana de goma, hinchada con aire, pero absolutamente vacía en su interior. Un pinchazo con un alfiler, el aire se escaparía y Ronnie quedaría convertida en un pellejo fláccido y desprovisto de todo su contenido.

El pelo, apreció, estaba cuidadosamente arreglado. Sacó un lápiz y levantó un mechón del lado izquierdo del cuello. Sí, allí se veía el orificio por el que se había escapado la vida de la infeliz mujer.

Era un agujero de unos dos o tres milímetros de diámetro, en el que se apreciaba todavía un color rojizo. Leeds no vio sangre a su alrededor. Tal vez luego el asesino había usado una barra hemostática, limpiando a continuación las pequeñas manchas que hubieran podido quedar después de lo que estimó había sido un sádico asesinato.

¿Por qué la habían matado?, se preguntó.

De pronto se fijó en el libro que había encima de la mesilla. Sin duda,

Ronnie lo había estado leyendo la noche anterior. Era un tratado de Psicología y supuso que el tema, dada su profesión, le había interesado. Entre las hojas del libro asomaba un pequeño pico de papel, sin duda una señal en el punto donde había interrumpido su lectura.

Curioso, quiso saber qué leía Ronnie. Abrió el libro y entonces vio que en la hoja de papel había escrita una relación de nombres.

Una terrible sacudida recorrió su cuerpo. El nombre de Wilma Faggin figuraba también en la lista, en tercer lugar. También pudo ver el de Stella Wharton y el de Petra Keighton. Intercalados, había tres o cuatro más, todos ellos de mujeres.

Un escalofrío de horror recorrió su cuerpo. En Hathelwood Cottage no se curaba a las enfermas: se las asesinaba.

De repente, guardó el papel en un bolsillo y, tras dejar el libro en su sitio, regresó al despacho.

Norma le miró afligidamente.

—¿Qué hacemos, Brian? —preguntó.

—Llamar a la policía —contestó el resueltamente—. Yo había venido a ver a Ronnie, para encomendarle la investigación sobre una persona y nos la encontramos muerta. Tú me acompañabas, porque soy tu consultor en la operación de venta del Cottage, aunque esto no tiene nada que ver con la investigación que yo pensaba encargar a Ronnie. ¿Lo has entendido?

—Sí, Brian.

—Viniste conmigo, porque luego íbamos a cenar juntos y… Eso será suficiente —concluyó el joven, mientras se acercaba al teléfono.

* * *

Los agentes iban y venían por todas partes, mientras un inspector interrogaba a la pareja. Otros policías inquirían detalles en el vecindario.

Un hombre salió del dormitorio, con un maletín en la mano.

—Pueden llevarse el cadáver, inspector —dijo.

—¿Causas de la muerte, doctor? —preguntó el encargado de la investigación.

—Hemorragia total.

—¿Cómo?

—Le daré más datos, cuando haya terminado de hacer la autopsia —contestó el forense—. Pero así, en un examen a primera vista, estoy en condiciones de afirmar que a esa pobre mujer no le queda, como vulgarmente se dice, una sola gota de sangre en las venas.

El policía respingó.

—Pero no hemos encontrado señales de violencia… Bueno, estaba atada a la cama, aunque sin huellas de malos tratos. No recibió golpes…

—Probablemente, la inutilizaron con un vaporizador de gas narcótico, cosa que comprobaré también en la autopsia. Después, el asesino la llevó a la cama y, tras desnudarla, la sujetó con tiras de sábana. Inmediatamente, dio comienzo a su morbosa operación. Una especie de transfusión de sangre en vivo, como se hace en momentos de urgencia, pero con la peculiaridad de que le vaciaron las venas totalmente.

—Doctor, el cuerpo humano tiene de cuatro a cinco litros de sangre…

—Emplearon alguna especie de bomba extractora y la guardarían en algún recipiente apropiado, es todo lo que puedo decirle por ahora. Tendrá más detalles después de la autopsia. Hasta la vista, inspector.

Norma oyó las respuestas del forense y se sintió aterrada.

—¡Dios mío! ¿Por qué habrán tenido que hacerle una cosa semejante?

El inspector Davis, de Scotland Yard, hizo una mueca.

—Cada día estoy más convencido de que el número de chiflados supera al de las personas cuerdas —contestó amargamente—. Bien, señor Leeds, señorita Evram, pueden marcharse. En su momento serán requeridos para prestar declaración ante el tribunal. Muchas gracias.

Leeds y la muchacha salieron a la calle. Norma se sentía todavía terriblemente conturbada y el joven no pudo por menos de apreciar su situación.

—Norma, tú no te sientes bien —dijo—. Indudablemente, tu habitación del hotel es más lujosa que mi casa, pero creo que esta noche necesitas tener cerca a una persona de confianza. Además, te convendría que te viera el doctor Fortescue, que vive al lado, como sabes. Seguramente, te aconsejará un sedante suave, para que puedas dormir sin pesadillas. Te dejaré mi habitación y yo dormiré en la de huéspedes. ¿Te parece bien?

Norma agradeció el gesto con una sonrisa descolorida.

—Sí, creo que es lo mejor —accedió—. No sé cómo darte las gracias, Brian…

—Bah, no te preocupes. Eres mi cliente y yo debo cuidar de ti. Anda, vamos al coche.

Ella reclinó su cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos.

—No puedo quitarme de la imaginación el espectáculo de aquella pobre mujer muerta de forma tan horrible… Tuvo que padecer inmensas torturas mentales antes de morir…

—Quizá no —contradijo Leeds—. Ya oíste al forense; es muy probable que la narcotizaran. Entonces, se durmió y pasó directamente del sueño temporal al definitivo, sin enterarse.

—Sí, pero ¿por qué la desnudaron y la ataron a la cama? Si estaba narcotizada, no podía defenderse.

—El inspector Davis opina fue simple escenografía, destinada a llamar la atención sobre un maníaco sexual. Así, a primera vista, el forense dijo que no parecía se hubiese producido violación. Pero cualquiera pensaría que Ronnie fue desnudada y atada a la cama a fin de cometer con ella actos abominables, ¿comprendes?

—Lo único que querían era sacarle la sangre, ¿no?

—Eso parece, aunque no entiendo por qué lo hizo el asesino. Podía haberle clavado una aguja en el corazón y habría acabado mucho antes. Dejar vacías las venas de una persona requiere mucho tiempo y… En fin, lo sabremos cuando lleguemos a Hathelwood.

Norma volvió la cabeza vivamente.

—¿Por qué dices eso, Brian?

—Ronnie tenía una lista de mujeres. A varias de ellas las había conocido yo personalmente: Wilma Faggin y Stella Wharton, y también a Petra Keighton, aunque con ésta sólo hablé unos minutos. No conozco a las restantes, pero esas tres estuvieron en el Cottage. Sabemos que Wilma y Stella han muerto. A Petra la buscaba Ronnie y seguramente, buscaba a más chicas. Creo que de esa lista y de lo que sabemos se pueden deducir muchas cosas. Norma, y ninguna buena.

—Blakefield es un asesino —acusó ella—. Pero ¿por qué comete esos crímenes, Brian?

—Lo sabremos cuando estemos en el Cottage.

—Sospechará…

—Procuraremos que no sospeche nada. Ya pensaré en alguna idea para que no sienta el menor recelo hacia nosotros. A fin de cuentas, tenemos un pretexto absolutamente justificado: la venta de la propiedad.

—Casi tengo miedo de enfrentarme con él —dijo la muchacha.

—Estaré a tu lado en todo momento —aseguró Brian. Fortescue examinó a Norma, después de que hubieron llegado a la casa del joven, y le dio un sedante.

—Pero no se vaya a la cama con el estómago vacío —aconsejó.

—No podría pasar bocado, doctor —dijo ella.

—Al menos, tómese un tazón de sopa. Tiene la tensión un poco baja y el sedante no la hará subir, precisamente. Tú te encargarás de ello, Brian.

—Descuide, doctor.

—Ah, y si se nota indispuesta, no dude en llamarme a cualquier hora, ¿estamos?

—Gracias, doctor. ¿Una copa? —propuso Leeds.

—No, ahora tengo un poco de trabajo… Lo dejaremos para otro momento, muchacho. Procure descansar, señorita Evram.

—Sí, doctor —contestó Norma.

* * *

Norma se levantó al día siguiente, encontrándose mejor de lo que había supuesto. Mientras se cepillaba el pelo, miró a través de la ventana.

El dormitorio que había ocupado durante la noche daba al jardín del doctor Fortescue. Entonces notó algo que la hizo sentirse llena de admiración.

Cuando estuvo arreglada, descendió a la planta baja. Leeds estaba hablando en la sala con alguien.

El joven se asomó un instante.

—Norma, ve a la cocina; el desayuno estará enseguida —indicó.

Fortescue se asomó también y sonrió.

—Veo que tiene un aspecto excelente, señorita. Sin duda, ha pasado una buena noche.

—No puedo quejarme, doctor. Su medicina dio un resultado maravilloso.

—Entonces, tome ahora la otra maravillosa medicina que le va a administrar Brian: huevos con tocino, té, tostadas, mantequilla y mermelada. La dejará como nueva.

Norma se echó a reír.

—Es usted un hombre encantador, doctor Fortescue.

—Mi esposa no pensaba así —contestó tristemente el médico.

—Está bien, yo terminaré de preparar el desayuno —dijo Norma.

Cuando se dirigía a la cocina, oyó la voz del joven:

—Descuide, doctor; hoy mismo se lo entregaré a…

Norma no pudo escuchar el nombre de la persona a la que Leeds iba a entregarle algo. Posiblemente, se trataba de una medicina para un conocido común de los dos hombres.

Leeds vino momentos después. Norma puso los platos sobre la mesa y empezó a freír los huevos.

—¿Qué te ocurre? —preguntó—. No parece que la visita del doctor te haya aligerado el ánimo.

—No, de ninguna manera —contestó él.

—¿Por qué?

—Me dan ganas de preguntarle… pero no me atrevo…

—¿Qué sucede, Brian? ¿Por qué no te explicas de una vez?

—Hace tiempo, en la primera ocasión que fui al Cottage, Fortescue me encargó llevarle unos documentos a Blakefield. Ahora me ha pedido que le lleve un maletín con medicinas. No le he dicho que pensábamos ir, de todas formas, y me siento muy desazonado, créeme.

—Sospechas de Fortescue —adivinó ella.

—No sé qué decirte. Por una parte, me parece que quizá tiene algo que ver con lo que pasa en el Cottage. Pero luego empiezo a pensar y me digo que es imposible; Fortescue es una excelente persona y, sin duda, está absolutamente ignorante de los manejos de Blakefield. Aunque, desde luego, colabora inconscientemente con ese diabólico individuo.

—Brian, si esos dos hombres están o no de acuerdo, pronto lo sabremos, me parece. Anda, tómate el desayuno y no te preocupes de más.

Leeds se echó a reír.

—Ahora eres tú la que me da ánimos —dijo—. Se han cambiado los papeles, Norma.

—Suele suceder. Hoy me encuentro mucho mejor, desde luego.Momentos después, se aplicaban a desayunar, sentados frente a frente. Al cabo de un rato, Norma dijo:

—Brian, si sospechas de Fortescue, hay algo que puedes hacer sin que él lo sepa.

—¿De qué se trata?

—Cuando estemos en lugar seguro, mira a ver si el maletín que te ha dado contiene medicinas realmente o alguna otra cosa no precisamente destinada a sanar a la gente.

—Es una buena idea —convino él—. Saldremos después del desayuno, Norma.

—Muy bien, como tú dispongas.

Al terminar, dejaron la cocina en orden. Se disponían ya a marcharse, cuando Norma volvió a mirar a través de la ventana de la cocina, que también daba al jardín del médico.

—¡Es verdaderamente sorprendente! —exclamó.

—¿Qué es sorprendente, Norma? —preguntó el.

—El árbol. No hace ni un año que lo vi por primera vez y se ha desarrollado extraordinariamente. ¿No te has fijado en eso, Brian?

—A decir verdad, no. O es porque lo veo a diario Pero sí, ahora que lo dices, está muy alto. Bueno, Fortescue es un excelente jardinero aficionado y le habrá proporcionado dosis de abono extra.

Norma arrugó la nariz.

—Abono extra… Tiene que ser una fórmula poco menos que mágica —

murmuró—. En Maine, en el jardín de nuestra casa y en un clima bastante parecido a éste, hay un abeto más o menos de la misma edad y no está ni la mitad de desarrollado que el del doctor Fortescue.

—Es que vosotros no tenéis allí al doctor para que cuide de vuestro jardín —rió el joven—. ¿Lista, Norma?

—Cuando quieras, Brian.

Subieron al coche. A los pocos momentos, ella le hizo una pregunta:

—¿Cuándo abrirás el maletín?

—Lejos de Londres, en un lugar donde lo que hacemos no pueda inspirar sospechas a un posible curioso. Opino que el sitio más indicado está entre Drogsbury y el Cottage.

—Yo también pienso como tú, Brian —respondió la muchacha.

CAPITULO IX

El viaje se deslizó plácidamente. Leeds procuró no correr demasiado, a fin de evitar problemas con la policía de Tráfico. Además, no tenían tampoco mucha prisa en llegar. Leeds deseaba reflexionar sobre todo lo ocurrido en los últimos tiempos.

Sin embargo, observó con preocupación que el cielo se iba encapotando. El camino al Cottage no había sido reparado. Si llovía demasiado…

—Brian —dijo ella de pronto—, ¿tienes a mano la lista de Ronnie Shircoe?

El joven asintió y sacó el papel que guardaba en el bolsillo superior de la chaqueta.

—¿Qué habría dicho el inspector Davis de haber sabido que tenías esa lista? —preguntó, mientras desdoblaba el papel.

—Nada bueno. Pero alguien se habría sentido aún más preocupado. El asesino, que no supo percatarse de que había algo que podía comprometerle gravemente.

—El asesino vio sólo un libro y un trocito de papel que asomaba entre las páginas. Pensó que era señal de lectura y no se ocupó de más. No quiso enterarse qué temas de psicología estudiaba Ronnie.

—Muy cierto, pero es un descuido que puede costarle caro. Y, a propósito, ¿por qué me has pedido la lista?

—Ayer vi un nombre y me pareció conocido. He estado reflexionando bastante. No la traté apenas, pero nos vimos en un par de ocasiones.

—¿A quién te refieres?

—Adela Sanford. Es la penúltima de la lista.

—No la conocía, pero, si quieres que te sea sincero, no espero nada bueno de ella. Quiero decir que, hablando crudamente, no doy un penique por su vida.

—Pobre muchacha… Parecía la viva estampa de la salud…

—Todas tenían un excelente aspecto. Incluso tú misma. Pero si hubieses ido sola al Cottage…

—Ya estuve sola en una ocasión, Brian —le recordó ella.

—Pero no para curarte de una enfermedad o para trabajar como secretaria. Fue una visita que no encerraba ningún peligro para Blakefield.

—Sí, en eso tienes razón. ¡Pero ese hombre no cura a la gente: los asesina! Las hace creer que están enfermas y luego…

Las manos del joven se crisparon súbitamente sobre el volante. Ella observó el gesto repentino y se sintió intrigada.

—¿Qué te sucede, Brian?

—Me estoy acordando de una amiga, que también tenía un aspecto radiante y se fue al campo a curarse. Me lo dijo Reg Cooper, aunque no sabía el lugar en donde estaba ella.

—¿Temes que haya ido al Cottage?

—No lo sé, no puedo asegurar nada. Pero tal como están las cosas, no me extrañaría en absoluto que Magda Lanbury hubiese ido también a ese lugar tan horrible.

—Es el país de «irás y no volverás» —se estremeció ella—. Brian, ¿por qué las mata? ¿Qué hace con ellas antes de que muera?

Por un momento, el joven pensó en la hermosa señora Blakefield. Recordó algo que había escuchado. Le pareció haber oído unas vagas palabras sobre un próximo despertar, pero no se atrevió a seguir pensando sobre el tema, porque se sentía francamente aterrorizado.

Casi tres horas más tarde, Leeds detuvo el coche a un par de millas de Drogsbury y a una del puente. Prudente, sacó el coche del camino.

—Por aquí suelen pasar las camionetas de los granjeros y no me gustaría que nos viesen curioseando donde no debemos —dijo.

Un espeso grupo de árboles les ocultaba por completo a la vista de cualquier eventual transeúnte que pasara por el camino. Leeds se apeó del coche y fue hacia el maletero, cuya tapa levantó con una mano.

—Parece bastante pesado —observó Norma.

—Las medicinas pesan lo suyo —repuso él.

Bajó la tapa del portaequipajes y puso encima el maletín. Luego soltó las dos presillas que sujetaban la tapa y levantó ésta.

Una gran masa de algodón apareció ante la vista de los dos jóvenes. Leeds apartó el algodón con ambas manos. Entonces, un enorme botellón de vidrio pareció quedar sin sujeción y, dada su situación, empezó a rodar fuera del maletín.

El joven, instintivamente, se apartó a un lado. La tapa del maletero tenía cierta inclinación y el botellón rodó hasta saltar fuera y estrellarse contra el suelo, para romperse inmediatamente en mil fragmentos.

El contenido líquido del botellón se esparció por el suelo. Norma lanzó un grito de horror.

Con ojos morbosamente fascinados, Leeds contempló el enorme charco de espeso líquido escarlata que se había extendido por el suelo. Luego se sintió acometida por unas violentas arcadas y tuvo que retirarse al otro lado de un grueso roble.

* * *

Leeds regresó momentos después, limpiándose los labios con un pañuelo. En silencio, abrió la portezuela del coche y sacó un frasquito de la guantera. Quitó el tapón y tomó un largo sorbo. Luego, sin decir nada, se lo alargó a la muchacha.

Norma tomó también un par de sorbos de coñac. Durante un buen rato, ninguno de los dos pronunció una sola palabra.

Ambos evitaban mirar el charco rojo que había en el suelo, junto a la zaga del vehículo. Sin necesidad de palabras, habían adivinado la procedencia de aquella enorme cantidad de sangre.

Transcurridos unos minutos. Leeds se enfrentó con la muchacha.

—Tienes que disculparme, no lo pude evitar. Fue superior a mis fuerzas —dijo.

—A mí también me sucedió algo parecido. No te preocupes; era lógico.

Leeds volvió a mirar la sangre esparcida sobre la hierba y se estremeció.

—De modo que era eso lo que Fortescue enviaba a su amigo Blakefield. Dime, Norma, ¿conocías tú al doctor Fortescue?

—No, nunca había oído hablar de él, hasta que te conocí a ti.

—¿Tu padre tampoco lo conocía?

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

—Él me dijo en una ocasión que era muy amigo vuestro.

Después, cuando vino a atenderte, y aun antes también, cuando te vio en otras ocasiones, no intentó saludarte, ni siquiera preguntarte por tus padres. Ahora me doy cuenta del detalle, pero entonces, lo siento, no supe verlo.

—Brian, ¿hemos de deducir que el doctor Fortescue es cómplice de Blakefield?

Leeds señaló la mancha roja que había en el suelo.

—Era la sangre de Ronnie Shircoe. Para qué la quería Blakefield, es algo que no sabemos por el momento, pero que ya averiguaremos, no te quepa la menor duda. Y Fortescue, ahora estoy seguro, es cómplice de Blakefield.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué hacen cosas tan horribles?

—No lo sé. Suele decirse que el alma humana es muy compleja, pero la dé los hombres de ciencia aún lo es mucho más. Algunos científicos, con tal de lograr lo que desean, son capaces de los crímenes más aberrantes.

—Matar a las personas para extraerles la sangre… ¿con que objeto, Brian?

Una vez más. Leeds pensó en la señora Blakefield. ¿Estaba realmente muerta? Tal vez se hallaba sumida solamente en un sueño cataléptico, provocado por su esposo, del cual saldría cuando se encontrase en perfectas condiciones para llevar una existencia normal. Pero esa hipotética curación se realizaría a expensas de la sangre de otras personas inocentes, mujeres todas

ellas, según parecía.

De pronto, sin saber por qué, pensó también en Mary Fortescue.

Una horrible idea cruzó por su mente. Con mano convulsa, agarró el brazo de la muchacha.

—Norma, antes de seguir adelante, vamos a regresar a Drogsbury. Quiero hablar con el inspector Davis.

—Brian, no tienes pruebas…

—Davis las encontrará, espero.

Volvieron al coche. Leeds maniobró para que las ruedas no tocaran la sangre. Evitó asimismo los fragmentos del botellón y se dijo que, en el momento apropiado, la policía podría utilizar aquellas pruebas en su investigación.

—Brian, ¿qué le vas a decir al inspector? —preguntó ella.

—¿Quieres saberlo? ¿Tendrás valor suficiente para soportarlo?

—Sí. Después de lo que he visto, creo que pocas cosas podrían impresionarme ya.

—Está bien. Le diré al inspector que haga cavar debajo del abeto que Fortescue plantó el año pasado. Un crecimiento anormalmente rápido, tú misma lo has señalado. Y. ¿te supones a qué es debido?

Norma comprendió en el acto y se sintió espantada.

—No, Brian, no; es demasiado horrible…

—Tú tenías razón: el abeto «disfrutó» de un abono excepcionalmente eficaz.

—Por favor —gimió ella, tapándose los ojos—. No me hagas pensar en esas cosas. No puedo creer que el cuerpo de la señora Fortescue esté allí, bajo el abeto…

«Y las raíces del árbol nutriéndose del cuerpo de la pobre Mary», pensó el joven tristemente.

—¿La mató él? —preguntó Norma, pasados unos momentos.

—Ahora no tengo la menor duda. Sí, la mató, y precisamente el mismo día en que me envió a Hathelwood por primera vez. Necesitaba que yo estuviese fuera; posiblemente, se informó del pronóstico del tiempo y supuso, o tal vez sugirió a Blakefield, que me invitara a pasar allí la noche. Y entonces, pudo enterrar a Mary sin que yo lo viera.

—Si lo hizo por la noche, no te habrías dado cuenta…

—El abeto está entre las dos casas. No se cava una tumba sin hacer algo de ruido. Los vecinos no lo oyeron, por supuesto, pero yo sí habría oído algo raro y me hubiera asomado a ver qué pasaba. Alejándome de Londres, Fortescue podía obrar así sin temor a ser descubierto.

—Creo que tienes razón, Brian. Pero ¿por qué la mató?

—Ya se lo contará al inspector Davis, no te preocupes. Y, a propósito, además de llamarle, quiero hablar en Drogsbury con cierta persona.

—¿Puedo saber quién es, Brian?

—El forense que hizo la autopsia a Stella Wharton.

* * *

El doctor MacFarlane miró un instante a los dos jóvenes que tenía ante sí. Luego hizo una pregunta:

—¿Por qué quiere conocer los resultados de la autopsia, señor Leeds? Ya emití mi informe a la policía a su debido tiempo.

—Lamento mucho molestarle, doctor. Fui un gran amigo de la señora Wharton y lamenté su suerte como pocos. Sin embargo, sospecho que no fue una muerte accidental.

—El puente se hundió bajo el peso de su coche y ella perdió el conocimiento. Cuando el agua inundó el interior del vehículo, se ahogó, simplemente.

—Sí, así sucedió, no cabe la menor duda ni se me ocurriría en modo alguno cuestionar su competencia profesional. Pero dígame, ¿qué más observó en el cadáver? ¿Es cierto que se había embriagado?

—Encontré algunos rastros de alcohol en la sangre. No había bebido mucho, pero el efecto del alcohol nunca es el mismo en todas las personas. Con una sola copa, una persona puede mantenerse en estado de total serenidad, mientras que otra quizá se emborrache.

—Pero, en su opinión, no se trataba de una borrachera típica, vamos, la propia de una persona que ha vaciado una botella.

—Oh, no, eso no, desde luego —contestó el forense—. Sin embargo…

—Doctor, yo conocía bastante bien a la señora Wharton. No era una dipsómana, ni siquiera estaba en una cura antialcohólica. Pero sé que soportaba bastante bien media docena de copas. ¿Cree que pudo ingerir semejante cantidad antes de morir?

—No, rotundamente, no. Un par de copas, a lo sumo… Además, observé otro detalle que me chocó extraordinariamente. Padecía una anemia muy profunda, perniciosa, diría yo. Me extraña cómo tuvo fuerzas siquiera para conducir el coche, aunque es muy posible que el alcohol le facilitara esas energías.

Leeds cambió una mirada con la muchacha.

—Doctor, mil gracias por su amabilidad. No queremos molestarle más…

—Perdón —terció Norma—. Yo desearía hacer al doctor una pregunta.

—¿Sí, señorita Evram? —dijo MacFarlane.

—¿Ha tenido usted relaciones, profesionales, por supuesto, con el doctor Blakefield, quien, como no ignora segura mente, reside en Hathelwood Cottage?

—No, en absoluto —respondió el forense—. Cuando se estableció en el Cottage, me ofrecí a él y le brindé mi ayuda, si algún día me necesitaba para algo. Se mostró cortes, pero frío y distante, y ya no quise volver a hablar con un sujeto que, evidentemente, no deseaba relacionarse con un colega. Por otra parte, tampoco ha tenido que atender a enfermos del pueblo, lo que quizá habría provocado roces profesionales. Si ha atendido a algún paciente, desde luego, no era de Drogsbury.

—Gracias, doctor. ¿Vamos, Brian?

Salieron de la casa. Leeds consultó su reloj.

—Norma, allí veo una posada y creo que deberíamos tomar un bocado —sugirió.

—¿Después de…?

—Precisamente por eso mismo y porque necesitamos reponer energías. Nos espera una jornada bastante movida, te lo aseguro.

—A Blakefield no le va a gustar nuestra visita, créeme.

—Posiblemente tarde un poco en enterarse de que estamos en el Cottage —respondió el joven.

—¿Qué quieres decir, Brian?

—Sencillamente, vamos a entrar allí furtivamente, procurando que no lo sepa hasta que nos convenga a nosotros.

CAPITULO X

Las nubes, hinchadas, negras, desfilaban velozmente por el cielo. Hubo de pronto un gran rasgón en la capa de vapores que flotaban en la atmósfera y la luna apareció en todo su resplandor.

Los rayos del satélite dieron de lleno en la siniestra gárgola, iluminándola casi como si fuera de día. Norma se estremeció.

—Cuando Blakefield se haya ido, haré que destruyan ese horrible adorno —dijo a media voz.

—En tu lugar, yo no lo haría. Bien mirado, es una obra de arle. Ahora bien, si no quieres seguir viéndola, haz que la quiten y la guardas en algún sitio donde nadie la pueda contemplar.

—Me lo pensaré. De todos modos, es una escultura horrible.

—Fue hecha hace más de quinientos años. Conoces la leyenda, supongo.

—Claro. ¿Quién te la contó a ti?

—El doctor Fortescue. Tú, supongo, lo sabías desde muy niña.

—Te equivocas. Mi padre esperó a que tuviera edad suficiente para comprender el significado de los hechos. Tenía entonces dieciséis años. También dijo que algún día se lo contaría a mis descendientes.

Leeds arqueó las cejas.

—¿Por qué? Si piensas vender el Cottage…

—Entonces, no se nos había ocurrido siquiera esa posibilidad. Brian, ¿es que no sabes que el conde Brandaugh fue mi antepasado?

El joven respingó.

—Es la primera noticia que tengo —manifestó.

—Nunca hemos alardeado de nuestra estirpe. Mi padre, por otra parte, ni siquiera reclamó el título. Se conformó, simplemente, con ser el señor Evram.

—En todo caso, desciendes de una rama colateral, Norma.

—El apellido Brandaugh se extinguió con mi bisabuela, única hija de Martin Brandaugh. Se casó con un Evram y de él descendemos nosotros.

—Pero sigues siendo también descendiente del conde.

—No lo puedo evitar —sonrió Norma.

—Muy bien, la leyenda subsiste. El alma del conde ha de ser rescatada y un descendiente suyo pagará un precio por ese rescate. ¿Cuál te imaginas que puede ser ese precio?

—No tengo la menor idea. Las leyendas, por otra parte, suelen ser muy ambiguas y se prestan a todo género de interpretaciones. Eso no me preocupa por ahora, Brian —Norma señaló la casa, en la que aún se veían luces en algunas de las ventanas—. Nuestras preocupaciones están ahí —añadió.

—Y tal vez Magda Lanbury, también —murmuró el joven.

La luna se había ocultado muy pronto. De cuando en cuando se veían algunos relámpagos. El trueno retumbaba fragorosamente todavía lejos de aquel lugar.

Al fin las luces de la casa se apagaron por completo. Leeds decidió esperar un poco más todavía.

Pasados unos minutos, Norma sintió en la mejilla el impacto de una gota de agua.

—Brian, si seguimos aquí, nos vamos a calar hasta los huesos —dijo.

—Tú conoces la casa mejor que yo. Seguramente, sabrás encontrar una entrada que nos permita pasar al interior sin que nadie se dé cuenta.

Norma asió la mano del joven.

—Ven. Brian —contestó.

* * *

Al otro lado de la casa, había una ventana a ras del suelo, protegida por una malla de alambre, con marco de metal. Norma se arrodilló y tanteó la rejilla. Al cabo de unos instantes, tiró hacia sí y consiguió separarla del contorno de piedra.

—Por aquí —susurró.

Leeds encendió una linterna. Ella se volvió, para meter primero las piernas. Tanteó un poco con los pies y encontró lo que buscaba.

—Hay unos escalones de hierro adosados en la pared —dijo.

—Muy bien.

Norma desapareció de la vista del joven. Ella tenía también una linterna y la encendió cuando estuvo en el suelo. Leeds ejecutó segundos después, la misma operación.

Al descender de la escalera, pudo ver que se hallaba en un amplio cuarto, un semisótano que había servido en tiempos para guardar trastos viejos y también de carbonera. Todavía quedaban algunos rastros de carbón esparcidos por el suelo.

—Espera —dijo Leeds de pronto—. Voy a colocar la rejilla de nuevo. Seguramente, no se les ocurrirá mirar aquí, pero no podemos descuidar las precauciones.

Norma le alumbró para que trepara por la escalera, hasta la ventana, cuyo borde inferior se hallaba a unos tres metros del suelo. Leeds colocó la rejilla nuevamente y volvió a reunirse con la muchacha.

—¿Y ahora, Norma?

Fuera estalló un enorme trueno. El ruido de la lluvia se hizo claramente perceptible.

—Iremos a la cripta lo primero —dijo ella.

—Tú eres el guía —sonrió Leeds.

Norma cruzó la estancia y llegó a la puerta, de madera, vieja, pero sólida todavía. Tanteó un poco y consiguió hacer girar el picaporte.

La luz del vestíbulo les llegó en el acto. Antes de abandonar aquel lugar, escucharon durante unos momentos. No se oía nada salvo el rumor de la lluvia y el intermitente fragor de los truenos.

Para acceder al vestíbulo tenían que subir por una escalera de una docena de peldaños. Norma llegó al nivel del suelo del vestíbulo y se encaminó directamente a la otra puerta, que conducía a la cripta y que se hallaba situada en el lado opuesto.

Leeds se adelantó a ella. Puso la mano en el picaporte, abrió y miró hacia abajo. La cripta estaba oscura.

Encendió la luz. Detrás de él, Norma estuvo a punto de gritar.

El joven contrajo las mandíbulas. Blakefield les había engañado como chinos, se dijo. Bueno, había engañado a Norma, pero el resultado era el mismo.

Lentamente, descendieron los peldaños de piedra y se acercaron al túmulo donde se hallaba el féretro con la cubierta de cristal. Durante unos momentos, contemplaron en silencio el cuerpo que había bajo el vidrio.

—Era muy hermosa —dijo Norma al cabo.

—¿Era? ¿No lo es todavía?

—¿Quieres decir que… está viva?

—No respira, es cierto, pero…

Obedeciendo a un repentino impulso, Leeds se agachó y apartó con una mano el terciopelo que cubría el túmulo. Debajo unos extraños aparatos, conectados a unos cables que desaparecían en el suelo. Otros cables atravesaban la cubierta superior del armazón de madera y, supuso, estaban conectados al retro con una finalidad que no podía adivinar por el momento.

Al cabo de unos momentos, se incorporó. Norma le miró inquisitivamente.

—Creo que está viva, aunque sumida en una especie de hibernación de la cual, tal vez despertará algún día —dijo él.

—¿Cuándo, Brian?

—Es posible que ella padeciera alguna enfermedad incurable y Blakefield haya tratado de conservar su cuerpo en estado de hibernación, y no embalsamado como dijo. Cuáles eran los procedimientos que empleaba para tratar de curarla, qué sustancia empleaba, es algo que ignoramos, pero, sin

duda, lo sabremos algún día. Para conseguir estos resultados, Blakefield no ha dudado en asesinar y esto es algo que debe pagar irremediablemente.

—Brian, ¿estás seguro que se trata de un proceso de hibernación? —preguntó Norma.

—Casi seguro. Juraría, incluso, que el ataúd no es sino una cámara frigorífica, que conserva el cuerpo de la señora Blakefield sin permitir su corrupción. Debajo del túmulo están los compresores o, al menos, unos aparatos que desempeñan ese papel y que producen frío conservador. Tal vez los construyó el propio Blakefield, no lo sabemos aún, pero puedes estar segura de que algún día lo dirá todo.

—¿Y si no quiere hablar?

—La policía se encargará de ello. Ahora, a mí me gusta ría comprobar una cosa, Norma

—Dime, por favor.

—Quiero saber si Magda Lanbury está aquí. Posiblemente, se hallará en alguna de las habitaciones del piso superior. Podemos ir a comprobarlo, si te parece.

—Desde luego, Brian.

Norma dio unos pasos hacia la escalera. De pronto, se detuvo en seco.

—Estaba pensando en una cosa…

—¿Sí?

—Yo estuve aquí y no vi el féretro, sólo unas tablas viejas, esparcidas por el suelo. Blakefield me dijo que ya había dado por finalizado el embalsamamiento de su esposa. Pero ahora todo vuelve a estar, tal como tú lo viste, según parece.

—Sí, así estaba la primera vez que lo vi —respondió Leeds.

—Entonces, ¿cómo pudo Blakefield desmontar toda esta serie de aparatos para probar que yo estaba equivocada?

—No hay más que una respuesta: se lo dijo Fortescue. Recuerdo perfectamente que yo comente con él tu visita y hablé de una posible rescisión del contrato. Se dio cuenta de que vendrías a ver el Cottage y avisó a su amigo, eso es todo.

—Sí, Blakefield escondió el féretro y luego, cuando yo me hube marchado, volvió a colocar todo tal como está actual mente. Brian, me parece mentira que Fortescue sea cómplice de este desalmado sujeto…

—Yo diría aún más, Norma. Diría que las mujeres que han venido aquí fueron enviadas por Fortescue. Algún día sabremos por qué lo hacía… y no tardaremos mucho; es posible que, a estas horas, el inspector Davis ya le haya hecho una visita.

* * *

El inspector Davis llegó ante la puerta, tocó el timbre y esperó a que el dueño de la casa abriese. Cuando Fortescue apareció en el umbral, el policía dijo:

—Doctor Fortescue, soy el inspector Davis, de Scotland Yard —le enseñó su documentación—. ¿Puedo hablar unos momentos con usted?

—Por supuesto, inspector. ¿De qué se trata?

Davis espero a cruzar la puerta.

—Se trata de su esposa, doctor —dijo.

—Ah, mi mujer… Lo siento mucho, inspector. Me dejó por otro hombre.

—¿Seguro?

—¿Duda de mi palabra, inspector? Ella me anunció el divorcio, pero todavía no he recibido ninguna documentación oficial en tal sentido. Por supuesto, pienso concedérselo, pero no esperará que yo me ocupe de los trámites oficiales. Ella es la que quiere divorciarse; bien, que se encargue del papeleo…

—Doctor —atajó Davis—% lamento tener que decirle que ese divorcio no existe sino en su imaginación. Es más, estoy en condiciones de asegurar que su esposa está muerta. Toda vía, sin embargo, no le acuso de asesinato, porque carezco de pruebas para ello, aunque espero conseguirlas muy pronto. Una cosa he de decirle: su esposa no ha ido a Southampton hace muchísimo tiempo, como usted ha declarado en más de una ocasión.

—Si no ha ido a Southampton, ¿dónde está, inspector? —sonrió Fortescue.

Lentamente, Davis sacó un papel del bolsillo y se lo enseñó a su interlocutor.

—Doctor, ésta es una orden judicial que nos va a permitir excavar en su jardín. Tendremos que desarraigar el árbol, un abeto que ha tenido un crecimiento excepcional.

El rostro de Fortescue se volvió gris.

Sus rodillas flaquearon. Se sentó.

—¿Cómo lo… le han sabido? —tartamudeó.

—Eso no le importa por ahora, doctor. Voy a hacerle una advertencia: no está obligado a contestar a mis preguntas, pero si dice algo, todo lo que declare puede ser luego utilizado en su contra. ¿Lo ha entendido?

Fortescue asintió pesadamente. Davis comprendió que iba a hablar y abrió la puerta.

—Entre, sargento —ordenó al policía que se hallaba ante el umbral—.

Ah, los hombres ya pueden empezar a cavar en el lugar que les indiqué antes.

—Sí, señor.

El sargento O'Reilly entró momentos después. Davis formuló una pregunta:

—¿Por qué dio muerte a su esposa, doctor?

—Ella no quería… Se enteró de… de mis relaciones con Blakefield… Yo… bueno, mi clientela no era tan próspera como muchos creían… Necesitaba dinero… En tiempos, había un buen especialista en hematología. Blakefield vino a visitarme. Conocía mi reputación y me propuso…

—Siendo especialista en hematología, ¿cómo vino a parar aquí, a una consulta privada de barrio? —inquirió Davis.

—Me equivoqué una vez en un análisis… Bueno, quiero decir que trastoqué involuntariamente dos resultados… El paciente murió como consecuencia de mi error. Me despidieron de la clínica, aunque no me retiraron la licencia…

—Entiendo, Blakefield, sin duda, conocía esa circunstancia.

—Sí, inspector. Vino a verme al cabo de un tiempo y me ofreció una fuerte suma de dinero. Yo tenía que enviarle pacientes aparentemente enfermas, además de colaborar en análisis y realizar experimentos de laboratorio… Mi esposa lo supo. Trató de denunciarme. Yo sentí pánico y la golpeé con una estatuilla de bronce…

—Hablaremos más detenidamente en mi despacho, doctor —dijo Davis —. Por favor, otra pregunta más. ¿Dio muerte a Ronnie Shircoe?

—Sí. Blakefield me había pedido un mínimo de cuatro litros de sangre de determinadas características…

—¿Tenía Ronnie ese tipo de sangre? —se asombró el policía—. ¿Cómo lo supo usted?

—Ella me enseñó sus credenciales. Estaba investigando ciertas desapariciones, relacionadas con Blakefield. El tipo de sangre figuraba en su tarjeta profesional, así como otros datos médicos.

Davis hizo un gesto de asentimiento.

—Hablando vulgarmente, mató dos pájaros de un tiro: eliminó a una persona que podía ponerle en un serio compromiso y obtuvo, además, su sangre —dijo, sin mostrar externamente el asco que sentía al oír la declaración de Fortescue—. Doctor, debo comunicarle oficialmente su arresto, acusado de homicidio en las personas de su esposa y de Ronnie Shircoe —concluyó.

CAPITULO XI

Un espantoso trueno hizo vibrar los cristales de la casa. Leeds y Norma se acercaban a la escalera, cuando, de pronto, oyeron el ruido de la puerta que se abría. Arriba, en el vestíbulo, sonaron voces humanas.

Leeds agarró la mano de la muchacha y tiró de ella. La escalera, aunque era de piedra, había sido construida en voladizo, adosada al muro. El arco de la estructura era lo suficientemente amplio para contener a los dos, aparte de que en aquel lugar reinaba una densa penumbra.

Blakefield habló irritadamente.

—Adam, maldita sea, una vez más, te has dejado encendida la luz de la cripta.

Leeds contuvo el aliento. Si se daba cuenta de que había alguien en aquel lugar…

—Lo siento, doctor; no me di cuenta —repuso el ayudante—. Voy a tener que instalar un interruptor automático, como en los frigoríficos.

—Ya no hará falta después de esta noche. La experiencia toca a su final.

—¿Cree que tendrá éxito, doctor?

Blakefield demoró la respuesta un instante.

—Todas las posibilidades están a favor del éxito. Al menos, en un noventa y nueve por ciento. Pero si fracaso… desistiré definitivamente.

—Y nos largaremos de este maldito caserón.

—Nos separaremos, Adam; ya no volveremos a vernos jamás. Bueno, ayúdame a bajar la mesa. Luego traeremos el resto de los instrumentos.

—Podríamos hacerlo lo mismo en alguna de las habitaciones superiores.

—Effie es una entrometida. No sabe nada y no tengo ganas de que se entere de lo que pasa. Es posible que tengamos que pasarnos aquí la noche entera. Si estuviésemos arriba, podría sentir la tentación de meter su nariz donde no le importa. Aquí no baja nunca, porque no hay nada que le interese; si le prohibiésemos entrar en alguna de las habitaciones superiores, sospecharía algo.

—Está bien, doctor. Vamos ya.

Sonaron pasos sobre las cabezas de los dos jóvenes. Durante unos momentos, sólo oyeron ruidos de cosas que se movían y jadeos, mezclados en ocasiones con el retumbar del trueno y el rumor de la lluvia que caía a torrentes. Leeds y la muchacha permanecían en estado de absoluta inmovilidad en su refugio.

Al cabo de unos momentos, Blakefield y su ayudante subieron de nuevo al vestíbulo. Leeds se asomó un instante y vio lo que parecía una mesa de operaciones, aunque sencilla, situada junto al féretro.

—Vamos a ver… —propuso Norma.

El joven hizo un gesto con la mano.

—Espera —contestó—. Ellos no saben que estamos aquí. Ya has oído a Blakefield, pase lo que pase, hoy es su última operación. Vamos a ver qué es lo que hace.

—Sí, pero me gustaría saber qué clase de operación se trata.

—Sospecho que no tardarás mucho en saberlo. Incluso en contemplarlo con tus propios ojos. Ah, creo que ahí bajan de nuevo…

Norma se apretó contra la pared. En aquel momento, Leeds divisó unos maderos en el suelo. Vio uno largo y del gado y se inclinó para cogerlo. Era un gran garrote. Podía resultar un arma excelente, en un caso de apuro.

Blakefield y Adam hicieron un par de viajes más, trasportando unos instrumentos que situaron sobre una consola, entre el ataúd y la mesa. Asomando solamente un ojo, Leeds pudo ver que el médico levantaba una tapa del suelo y empalmaba unos cables a unas conexiones que había ocultas en el hueco. La tapa era una perfecta imitación de la piedra del pavimento y nadie que no lo supiera se habría imaginado lo que había debajo.

Al terminar, Blakefield se acercó a los controles y comprobó los instrumentos.

—Todo funciona satisfactoriamente —dijo—. Adam, traiga a la paciente.

—Sí, doctor.

Blakefield soltó una maldición.

—Esperaba nada menos que cuatro litros y medio de sangre, que me había anunciado Fortescue. No sé qué diablos habrá pasado, pero el mensajero no ha llegado. Ya no podemos esperar más tiempo, ¿comprendes?

—Sí, doctor.

—Tal vez la paciente no nos proporcione más que cuatro litros de sangre, pero creo que será más que suficiente.

—Muy bien, ahora mismo la traeré.

Blakefield se quedó solo en la cripta, sin percatarse de que había dos pares de ojos que le contemplaban discretamente. Un potente trueno estalló en las alturas.

Blakefield no hizo caso del fragor de la tormenta. Inclinándose sobre el féretro, juntó las dos manos en actitud suplicante.

—Estoy seguro de que hoy despertarás, querida. Hoy volverás a la vida, vivirás como antes, reirás, amarás, te estremecerás de pasión entre mis brazos…

Norma se sintió horrorizada. Aquel individuo era un demente. No podía estar en su sano juicio. Su esposa estaba muerta y él quería resucitarla a toda costa, por procedimientos que su mente se resistía a imaginar, tan horribles le

parecían.

Momentos después. Adam descendía las escaleras del sótano, llevando en brazos el cuerpo de una mujer inanimada.

—Aquí está la paciente, doctor —dijo.

Leeds asomó la cabeza. Casi estuvo a punto de lanzar un grito al reconocer a Magda Lanbury.

* * *

El cuerpo de Magda quedó tendido sobre la mesa. Sus brazos estaban pegados a los costados.

—¿Le quito las ropas, doctor? —consultó Adam.

—No, no es necesario. Para lo que hemos de hacer, puede permanecer tal como está.

Leeds apreció que Magda llevaba puesto un salto de cama con abundantes pliegues. Apenas si podían apreciarse las formas opulentas de su cuerpo exuberante.

—Tampoco es preciso que la ates. El narcótico ha obrado sus efectos y ya no despertará —añadió Blakefield siniestramente.

Norma se estremeció con fuerza. Leeds notó la sacudida que había recorrido el cuerpo de la muchacha.

Ella le dio un codazo, como impulsándole a la acción. Leeds asintió. Sí, era hora de hacer algo.

En aquel momento, Blakefield se disponía a realizar las conexiones de unos cables a unos orificios situados a un costado del ataúd. Fue una operación segundos. Luego se giró y tomó otro cable, terminado en una larga aguja de metal, disponiéndose inmediatamente a clavarla en el cuello de Magda.

Leeds ya no quiso aguardar más. Dio un paso fuera y lanzó un grito:

—¡Quieto, doctor! ¡Suelte esa aguja inmediatamente!

La sorpresa de los dos hombres fue absoluta. Blakefield y su ayudante se volvieron en el acto.

—¡Señor Leeds! —gritó el primero.

—Ese entrometido… —masculló Adam.

Fue el primero en reaccionar y se lanzó contra el joven con tremendo Ímpetu.

—No se preocupe, doctor: ahora mismo voy a quitarle un estorbo de en medio.

Leeds no se inmutó. Esperaba algo parecido.

Tenía las manos a la espalda. Cuando Adam estaba casi encima de él, sacó el garrote y le asestó un tremendo golpe en el brazo izquierdo.

El ayudante chilló y se tambaleó fuertemente. Leeds le clavó el extremo del palo en el estómago, haciéndole doblarse sobre sí mismo. Un seco golpe en el cráneo finalizó la pelea de manera fulminante.

—El estorbo sigue —dijo sonriendo.

Blakefield le miraba con ojos que despedían llamaradas de ira.

—¿Por qué, señor Leeds? ¿Por qué quiere impedir que culmine uno de los más audaces experimentos científicos de la época?

—No sea inmodesto, doctor. Su experimento está conde nado al fracaso. La sangre de otras personas no servirá para resucitar a su esposa.

—Usted, ¿qué sabe? —contestó Blakefield despreciativamente—. He realizado experimentos con animales de laboratorio y dieron buenos resultados. Ahora también triunfaré, se lo aseguro.

—Puede seguir experimentando con el cadáver de su esposa cuanto quiera, aunque dudo mucho que las autoridades se lo permitan. Una cosa es segura: no consentiré que le extraiga una sola gota de sangre a la señorita Lanbury.

—Mi esposa puede resucitar, se lo aseguro…

—No me importa. No resucitará a costa de Magda ni de ninguna otra persona inocente. Doctor, ocho o diez mujeres jóvenes han muerto para que usted pudiera satisfacer sus deseos. Aunque trate de disfrazar esos hechos bajo la capa del interés científico, no son sino asesinatos de los que un día deberá responder a la justicia.

Blakefield pareció amedrentarse un tanto.

—Yo la amaba… No pude curarla cuando enfermó… Entonces, instantes antes del tránsito definitivo, la metí en esa caja que ya tenía preparada desde hacía mucho tiempo. Te nía una idea para devolverle la salud… He estado experimentando meses y meses…

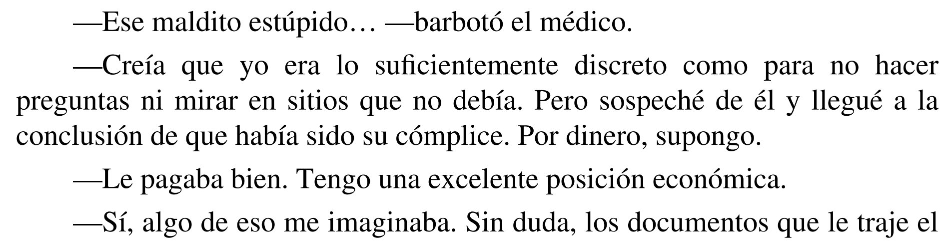
—Con sangre de mujeres jóvenes y saludables. ¿Hacía transfusiones totales, doctor?

—Dependía del momento y de las circunstancias, y también de la donante. A veces, sólo necesitaba unos pocos gramos. En otras ocasiones, se necesitaban uno o varios litros… —Hoy precisaba usted no menos de cuatro litros, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe? —exclamó Blakefield.

—Yo traía el recipiente con la sangre de una mujer. Se cayó y se rompió, derramándose todo su contenido.

—¿Se lo entregó Fortescue?


Leeds hizo un gesto de asentimiento.

—Ese maldito estúpido… —barbotó el médico.

—Creía que yo era lo suficientemente discreto como para no hacer preguntas ni mirar en sitios que no debía. Pero sospeché de él y llegué a la conclusión de que había sido su cómplice. Por dinero, supongo.

—Le pagaba bien. Tengo una excelente posición económica.

—Sí, algo de eso me imaginaba. Sin duda, los documentos que le traje el año pasado eran historiales clínicos de mujeres que podían venir aquí a tratarse de enfermedades imaginarias. Usted estudiaba esos historiales, elegía a la más adecuada y Fortescue las enviaba aquí, para que se curasen. ¿Me equivoco?

—¿Cómo diablos llegó a sospechar de Fortescue?

—Una vez dijo que era muy amigo de los Evram. En otra ocasión manifestó no conocerlos. Asesinó a su esposa y la enterró en el jardín. Cuando supo que la señorita Evram iba a venir aquí, le avisó y usted retiró el féretro de la cripta. ¿Quiere más detalles?

—Ignoraba que hubiese asesinado a su esposa —declaró Blakefield.

—Y a la mujer cuya sangre se vertió, también. Era una detective y estaba investigando ciertas desapariciones de muchachas de las que no había vuelto a saberse más. Por otra parte, hice indagaciones acerca de la muerte de Stella Wharton. El forense de Drogsbury me ha facilitado datos muy reveladores. No estaba totalmente embriagada y, además, padecía una terrible anemia, sin duda a causa de la sangre que usted le extraía para continuar sus diabólicos experimentos.

—Leeds, déjeme realizar el experimento de esta noche —rogó Blakefield desesperadamente—. Le daré lo que me pida, toda mi fortuna, si es preciso…

—Es inútil que trate de tentarme, doctor. Magda está narcotizada, ciertamente, pero no consentiré que le dé muerte para intentar resucitar a alguien que, con toda seguridad, murió hace ya mucho tiempo. Puede que el cuerpo de su esposa esté perfectamente conservado, pero, por mucho que le cueste admitirlo, no es más que un cadáver.

Blakefield dio un paso hacia adelante. Leeds le amenazó con el palo.

—Doctor, no me obligue a causarle algún daño —dijo—. Haré lo que sea para evitar que siga adelante con sus trabajos. Espero que me haya comprendido y así evitará males mayores. Por otra parte…

Se volvió hacia la muchacha.

—Norma, sube arriba y avisa a la policía —ordenó.

Un espantoso trueno resonó de pronto. Todo el edificio vibró ligeramente.

Blakefield exhaló una estridente carcajada.

—¿Creen que la policía vendrá con este tiempo infernal? Suponiendo que el teléfono funcione: las líneas no están en buenas condiciones y sufren averías con frecuencia. Es inútil que se moleste, señorita Evram.

—A pesar de todo, lo intentaré —dijo la muchacha con acento de determinación.

—Perderá el tiempo, insisto.

Leeds empezó a recelar algo. Blakefield parecía muy seguro de sí mismo. ¿Acaso tramaba alguna jugarreta?

—En todo caso aguardaremos a que Magda se haya recuperado de los efectos del narcótico y nos marcharemos de aquí —manifestó.

—¿De veras? —se burló Blakefield.

Un segundo después, Leeds sintió un terrible empellón. Cayó al suelo y perdió el garrote. Intentó recuperarlo, pero Adam pateó su mano y le arrancó un grito de dolor.

Blakefield sacó de alguna parte un afilado bisturí y se lo entregó a su ayudante.

—Ocúpate de ellos, Adam. Si alguno de los dos se mueve, córtales el cuello sin vacilar —ordenó secamente.

CAPITULO XII

Leeds se incorporó lentamente y metió la mano bajo el brazo izquierdo, para soportar mejor el dolor del pisotón. Adam había agarrado a la muchacha por un brazo y mantenía el bisturí cerca de su cuello.

—Sigue así, Adam —sonrió Blakefield—. Este entrometido caballero y su hermosa acompañante van a tener el placer de ver volver a la vida a mí esposa. Luego los llevaremos a hacer compañía a la señorita Lanbury. Pueden imaginarse fácilmente su destino final, ¿verdad?

Había una ñola de demencia en la voz del sujeto, imposible de pasar inadvertida. Pese a la momentánea inutilidad de su mano, Leeds hubiera hecho algo, de no haber visto el cuchillo tan amenazadoramente cerca de la garganta de Norma.

Blakefield recobró la aguja sujeta al final de la goma y masculló una interjección.

—Tendré que desinfectar de nuevo —gruñó.

—¿Por qué? Si Magda va a morir, la falta de asepsia no le importará demasiado —observó el joven.

—No sea estúpido. La sangre de esta muchacha tiene que pasar a las venas de mi esposa sin el menor rastro de infección.

Para desinfectar la aguja, Blakefield recurrió al expeditivo procedimiento de la llama proporcionada por un mechero de alcohol. Cuando hubo terminado, se acercó a la paciente.

Entonces, sorprendentemente, Magda se sentó en la cama, con una pistola en la mano.

—Doctor, ordene a su esbirro que suelte a esa chica o le vuelo los sesos ahora mismo.

Blakefield se quedó helado. Leeds no se sentía menos estupefacto.

—¡Vamos, doctor, haga lo que le digo! —gritó Magda, a la vez que acercaba el cañón del arma a la frente de Blakefield

—Está bien. Adam, suéltala —dijo el médico al cabo de unos segundos.

Magda saltó al suelo y sujetó la pistola con las dos manos.

—Había algunas cosas que no me gustaban en esta maldita casa —explicó—. Una vez tuve que recurrir a una cura de sueño y todavía recuerdo el horrible sabor del narcótico en la leche que me daban al acostarme. Cuando la probé hace algunos días, recordé ese sabor de inmediato. Sólo buscaba el momento propicio para marcharme, aunque no se me había presentado la ocasión hasta ahora.

—La pistola, Magda —dijo el joven.

—Hace tiempo que siempre llevo una encima. En esta época, una mujer

debe aprender a defenderse por sí misma. Afortunadamente, no registraron mi equipaje ni tampoco se le ocurrió a Adam hacerlo cuando me trajo aquí. Una vez más, simulé tomarme la leche narcotizada. Ellos creyeron que yo estaba dormida y les dejé que siguieran creyéndolo, porque quería saber qué ocurría aquí exactamente. Si recuerdas un poco. Brian. Stella era también amiga mía.

—Sí, es cierto —contestó Leeds.

—Bueno, doctor, la función ha terminado —dijo Magda—. Chica, sube al primer piso y llama a la policía.

La tempestad parecía hallarse en su apogeo. Continuamente se veían brillar los relámpagos y se escuchaba el incesante fragor de los truenos.

—Norma, intenta telefonear —aconsejó el joven—. Si no obtienes respuesta inmediatamente, vuelve aquí en el acto.

—Está bien. Brian.

En aquel momento, Norma se dio cuenta de que Adam se movía cautelosamente hacia Magda. Ella tenía la vista fija en el rostro de Blakefield y no se había percatado de la aproximación del ayudante.

Bruscamente, lanzó un grito de aviso, a la vez que se arrojaba contra Adam, al que propinó un terrible empellón.

Magda dio un salto hacia atrás. Blakefield intentó quitar le la pistola, pero lo único que consiguió fue hacer que saliera el tiro, aunque la bala no le tocó siquiera.

Lanzando horribles imprecaciones, Adam se volvió hacia la muchacha, con el bisturí en alto. Leeds se olvidó del dolor de la mano y agarró el palo. Cuando Adam se disponía a descargar su golpe, él le dio con el palo en un costado.

Adam saltó a un lado. Blakefield continuaba forcejeando con Magda. Al fin, consiguió arrebatarle la pistola.

En el mismo instante, Leeds descargaba un tremendo golpe sobre el cuello de Adam. El ayudante salió prácticamente catapultado y chocó contra Blakefield con terrible violencia.

Se oyó un espantoso alarido. Blakefield soltó el arma y se agitó convulsivamente.

Norma creía estar presenciando una escena de pesadilla. Blakefield se volvió lentamente y todos pudieron ver el bisturí clavado hasta el mango en su espalda.

Adam estaba caído de rodillas, con las manos apoyadas en el suelo, tratando de recuperar la consciencia, perdida en parte. Leeds vio la pistola caída y se apoderó del arma.

De pronto. Blakefield emitió un agudo gemido.

Leeds volvió los ojos. La bala disparada había roto el vidrio que cubría el ataúd. Por el orificio se escapaba un vapor blanquecino que salía con cierta

presión.

Olvidado del bisturí que tenía en la espalda, Blakefield se arrojó sobre el féretro.

—No… no quiero que mueras —dijo desesperadamente—. Tienes que seguir viviendo…

Repentinamente, se oyó un trueno espantoso.

La casa quedó envuelta en una luz blancoazulada que deslumbró a todos los presentes. Pareció que el edificio iba a saltar en mil pedazos. Leeds comprendió que alguna chispa eléctrica había caído sobre el pararrayos.

Fuera se oyó ruido de piedras que se desmoronaban. Luego se apagaron las luces.

El mechero de alcohol seguía encendido. El leve resplandor que proporcionaba permitió ver a Blakefield caído al pie del ataúd, completamente inmóvil.

Norma y Magda aparecían como petrificadas. Adam se quejaba sordamente.

Leeds entregó la pistola a Magda.

—No le dejes moverse —ordenó.

Se arrodilló junto a Blakefield y le tomó el pulso.

—Está muerto —dijo al cabo de unos instantes—. Los fusibles han debido de saltar. Voy a ver si consigo repararlos.

—Los encontrarás junto a la puerta principal —indicó Norma.

La luz volvió momentos después. Leeds regresó a la cripta pasados unos minutos.

—He podido telefonear a la Policía —informó—. Vendrán en cuanto mejore el tiempo —miró al ayudante—. Tiene muchas cosas que contar. Adam.

El sujeto no contestó. Leeds buscó una cuerda y le ató las manos a la espalda, sin que Adams opusiera la menor resistencia.

—Debemos dejar todo como está, sin tocar nada —aconsejó

De súbito, Norma lanzó una exclamación de asombro:

—¡Brian, mira!

El joven se acercó al féretro. La cosa que había allí se parecía muy poco a la señora Blakefield. El cadáver, desprovisto de la protección del frío, se descomponía con inusitada rapidez.

—Estaba muerta desde el principio, solo que él no quería admitirlo —dijo.

* * *

Luda un sol radiante. Había policías por todas partes. Un nutrido grupo de agentes se hallaba en la ladera de una colina cercana, con Adam, quien los había llevado allí, para enseñar el lugar donde enterraban a las víctimas, en una cantera abandonada

Los cuerpos de Blakefield y su esposa habían sido trasladados a Drogsbury. El forense del pueblo tendría una ayuda suplementaria; Scotland Yard había anunciado el envío de dos eminentes patólogos para estudiar a fondo el cuerpo de la mujer.

Brotaban del suelo leves columnitas de vapor. Leeds y la muchacha salieron al exterior.

Norma inspiró con fuerza.

—¿Sabes, Brian? No sé por qué, pero ahora me parece que Hathelwood Cottage tiene otro aspecto distinto. Casi me atrevería a decir que había una especie de sombra impalpable que pesaba sobre la casa y abrumaba a todos los que residían en ella, aunque sólo fuese durante unas horas.

—Bueno, también son momentos de mirar las cosas con ojos distintos —sonrió él.

—Quizá no venda… Tendré que pensármelo, Brian.

La mano de Leeds se cerró bruscamente sobre el brazo de la muchacha.

—Norma —dijo con voz tensa.

—¿Si, Brian?

—Creo que tenías razón al decir que ahora hay aquí un ambiente distinto. Mira allí, por favor.

Norma volvió los ojos en la dirección que señalaba el joven y lanzó un grito de asombro.

La gárgola yacía en el suelo, convertida en centenares de diminutos fragmentos de piedra, la mayoría de los cuales aparecían chamuscados. Leeds pensó que parecía como si la gárgola hubiese sido construida en Nidrio, en lugar de granito.

—Lo hizo el rayo que cayó sobre la casa, no cabe la menor duda —dijo.

—Pero el cable del pararrayo no pasa por allí…

—Ciertas fuerzas misteriosas no necesitan cables para producir efectos que no se pueden explicar con argumentos científicos — contestó el joven sentenciosamente.

—¿Tú crees, Brian? —preguntó ella, muy impresionada.

De repente, se vio llegar una furgoneta, cuyo conductor la detuvo en las inmediaciones de la puerta. El hombre se apeó, seguido de dos individuos

vestidos con ropas de trabajo.

—Busco al dueño de Hathelwood Cottage —dijo.

—Yo soy —contestó la muchacha—. Me llamo Norma Evram. ¿Quién es usted?

—Basil Asher, maestro cantero y también escultor. Traigo algo que debo colocar en la fachada de esta casa —dijo el sujeto.

—¿Una gárgola? —adivinó Leeds.

—¿Cómo lo sabe usted? —se asombró Asher.

El joven sonrió.

—Mejor será que nos la enseñe, amigo.

—Sí, con mucho gusto.

Asher fue a la trasera de la furgoneta y abrió las puertas. En el suelo, sobre unas mantas, se veía una escultura de piedra de una forma peculiar.

El rostro de un hombre aparecía esculpido en el granito. Tenía la boca abierta, como si sonriese de una manera muy especial, como si se sintiese satisfecho de algún suceso importante y feliz en su vida.

—Oiga, ¿cómo se le ocurrió realizar esa gárgola? —preguntó Norma, cuando se hubo rehecho de la sorpresa recibida.

—Oh, me la encargó un caballero muy atento, quien me trajo incluso unos dibujos a lápiz, para que pudiera hacer el trabajo sin dificultad. Es más, me pagó incluso lo que valía la tarea y hasta el importe del transporte y la colocación de la gárgola en su sitio. He ayudado a restaurar infinidad de iglesias y catedrales antiguas de todas clases y conozco mi oficio, créanme, repito, no tienen que preocuparse de nada; todo está pagado.

—Un momento —pidió la muchacha—. Ese caballero… ¿dio su nombre?

—Por supuesto. Dijo que se llamaba Shatto Brandaugh, pero no sé más, salvo que era muy amigo del dueño de la casa y quería hacerle este regalo como agradecimiento por…

—¿Por qué, señor Asher? —inquirió el joven.

—No me lo explico. Sólo dijo que le estaba muy agradecido. La señorita, sin duda, recordará el favor que le hizo al señor Brandaugh.

Norma no tenía fuerzas para hablar. Leeds la agarró por un brazo y la apartó de la furgoneta.

—Pueden empezar cuando quieran, señor Asher —indicó—. Norma, la leyenda se ha cumplido —añadió.

—Pero es imposible. El conde Brandaugh lleva muerto más de quinientos años… —¿Qué sabemos nosotros de ciertos misterios que no podemos comprender con nuestra envoltura carnal? Tal vez lo entendamos dentro de muchísimos años, pero no en este mundo. La gárgola vieja fue

destruida por el rayo. Asher no sabía nada y realizó una nueva. En el rostro de Brandaugh hay ahora alegría porque alguien ha rescatado su alma.

—Brian, ¿qué precio he pagado yo por ese rescate? —quiso saber la muchacha.

—La leyenda no menciona ningún precio específico. Sólo decía que un descendiente del conde pagaría el precio de su alma. Bien, tú lo has pagado con una buena acción.

—Una buena acción —repitió Norma.

—Si. En cierto modo, has actuado inconscientemente. Empezaste a hablar de arrojar a Blakefield del Cottage y ahí empezó todo. Luego, anoche, cuando Adam se disponía a acuchillar a una persona inocente. Magda, tú lo impediste con una valerosa acción. Salvaste una vida humana y un asesino resultó castigado por sus crímenes. Ahora lo entiendes, ¿verdad?

Ella suspiro.

—Sí, lo entiendo, aunque todo parece tan fantástico…

—No es necesario que se lo cuentes a la gente, no te creerían —sonrió él.

—Es cierto. Si ahora le dijese a Asher que fue mi antepasado quien le encargó la gárgola, se desmayaría del susto. Mejor será que guardemos el secreto entre los dos, Brian.

—Estoy de acuerdo contigo. Y ahora, ¿quieres hacer otra buena acción, Norma?

—¿Sí? ¿Qué debo hacer, Brian?

—Quédate en Inglaterra.

Ella le miró fijamente.

—Supongo que lo deseas —murmuró.

—Con toda mi alma.

—Y… ¿qué precio estarías dispuesto a pagar, Brian?

—Bueno, ahora mi alma está en tu poder, pero no deseo rescatarla a ningún precio —contestó él solemnemente.

—Está bien —accedió la muchacha—. Me quedaré, Brian.

FIN

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA 60 PTAS.

Impreso en España